

Revista de **FOLKLORE**

N.º 284



La Lavandera

José Manuel Fraile Gil ■ Arturo Martín Criado
Leopoldo Torre García

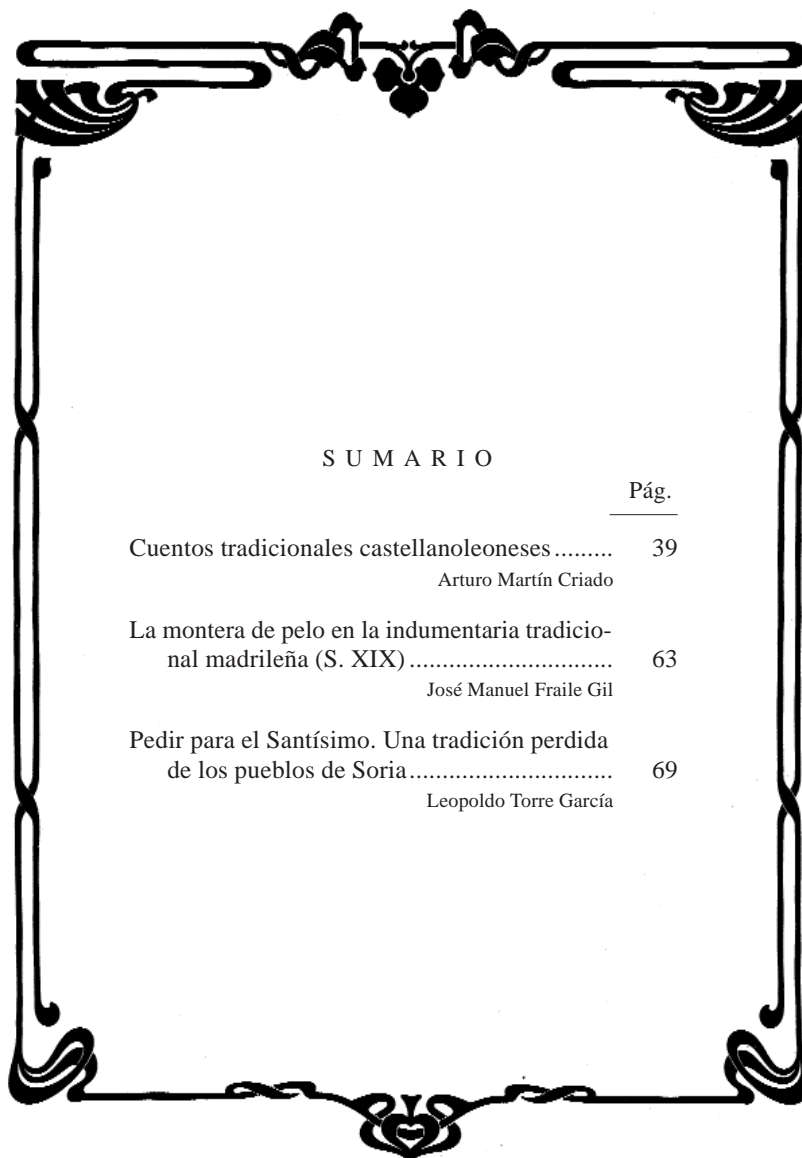
Editorial

Los trabajos de digitalización de la Revista de Folklore avanzan a buen ritmo. De hecho, ya se ha habilitado una página, sobre la que se está actuando conforme se realiza la labor, que puede ser consultada en todo momento www.funjdiaz.net/folklore. De este modo, aunque el trabajo no finalice totalmente hasta el próximo año, al menos se podrá ir comprobando la validez del mismo y la eficacia del sistema empleado. Según este sistema, cualquier persona podrá acceder a los números atrasados de la Revista, cuyo contenido (más de diez mil páginas) podrá encontrar en dos versiones, una facsimilar y la otra en formato de texto. En la facsimilar, además de hallar la página con el estilo clásico de la Revista a dos columnas, encontrará los grabados que acompañaban a cada artículo.

Para facilitar la consulta se han habilitado cuatro buscadores: uno corresponde al año, otro al autor, otro al artículo y otro a un listado muy amplio de temas, establecido hace años, de los que la Revista ha venido publicando desde 1980.

En cualquier caso, y mientras se va realizando esta tarea, se puede consultar el índice de la Revista en www.funjdiaz.net/folklore.cfm. Esperamos que esta posibilidad sea de gran interés para quienes, desde hace muchos años, consideran la Revista como una fuente de información y consulta pero no pueden acceder a ella por diversas razones.





S U M A R I O

	Pág.
Cuentos tradicionales castellanoleonese s	39
Arturo Martín Criado	
La montera de pelo en la indumentaria tradicio- nal madrileña (S. XIX)	63
José Manuel Fraile Gil	
Pedir para el Santísimo. Una tradición perdida de los pueblos de Soria	69
Leopoldo Torre García	

CUENTOS TRADICIONALES CASTELLANOLEONESES

Arturo Martín Criado

1. JUAN EL OSO (1)

Era un pahtor, era un matrimonio y el hombre era pahtó; la señora fue a llevarle de comé a la piara, a la mahada y era de noche. Le dijo el marido:

– Ven por esa sierra.

Pue la tía se fue po el medio la cabra, la cohió un oso y se la llevó pa la cueva. El tío venga buscá a la tía..., no la encontró. Pero el tío creyó que la había comió algún lobo.

Allá siete años pareció la señora, pero con un oso, se tomó de oso; la llevó pa la cueva y se tomó de oso. Bueno, pueh volvió al pahtó otra ve, pa su casa y le diho el tío:

– ¿Qué eso que tiene ahí?

Era como un perro, pero tenía un rabito. Era medio cuerpo arriba de hombre y de medio cuerpo abaho era de oso..., de perro.

– ¿Y ése que está ahí?

– Pue ése qu'está ahí, me cohió el oso –le contó la señora– me cohió el oso y me llevó y se tomó.

No conocía más que yerba, lo que le llevásemos. Bueno, ahora trataron de llevarlo al oso, aquel matrimonio, a la escuela. Como era de medio cuerpo arriba una persona y de medio cuerpo abaho era un perrito y tenía un rabo igual que lo perro. Ahora va a la escuela, le enseña el maestro, y sabe más que el maestro, el muchacho. ¡Pos vaya! El primer día que fue a la escuela vio que sabía más que el maestro. Le pregunta otra ve y..., pue hay que tratar de traer otro maestro y..., sabía más que el otro maestro que se puso. Tres maestros le pusieron, tres maestros al muchacho. Y al último maestro que le pusieron, pue todo lo muchacho vihilaban ver el rabo, ¡lo que pasa!, dice:

– No me toquéis –les dice el muchacho– que como me toquéis alguno, le pego un trompazo, –les dijo el oso, porque le tiraban del rabo. Pue, tanto, que mató a uno, mató a un muchacho.

– ¡Ay! –decían– pueh ha matao a uno. ¡Echalo fuera!

Le echaron fuera y él le contestó:

– Yo, si quiere que me salga, me tenéis que dar no sé cuántas arrobas de dinero, ¡muchas!, y no sé cuántas fanegas de nueces, y no sé cuánta miel.

Bueno, le pidió todo lo que le pidiese. Le echaron fuera porque había matao otro muchacho. El que mató, matao se quedó. Se fue al servicio, pue, con ese rabito medio de persona, medio de oso, de perrito. ¡Aibá, lo

sordao! Claro, lo que pasa, le tocan así al rabito de perro, lo que pasa.

– Tené cuidao, –leh decía él– que ya he matao un muchacho. Si me volvéis a tocar, mato un soldao.

Pueh tan mala suerte, que mató a otro soldao.

– ¡Poh cómo tenemo aquí a eso; –decía la tropa– vamo a echar fuera!

– Si me echáis fuera, me tenéis que dar...

Lo metieron en la cárcel, le dieron mucha miel, mucha nuece, to lo que pidió, le dieron to lo que pidió. Creían que estaba preso y estaba venga a machar la nuece, to lo que le habían metío. ¡Bueno!, ahora ese muchacho ya salió de la cárcel. Como lo acharon también de la mili, pue volvió otra ve an ca del padre y le dice, el padre y la madre:

– Mira qué has tenío suerte, te echan pa casa. ¿Qué es lo que hace?

– ¡Aaah! Si no m'echa pa casa, puedo con toa la gente.

Le decía que podía con todo el mundo, porque el rabo del oso tenía mucha fuerza.

Ahora trataron de ir por el mundo, pueh se fue por el mundo y abandonó el padre y la madre y se fue. Estaba uno arrancando pino en el monte y pasó él:

– Pueh ¿qué hase usté ahí?

Dice:

– Aquí estoy arrancando pino.

– Y ¿a cómo le pagan?

– ¡Aah! –dice el señó– me pagan poco.

– Pos yo le pago a usté má.

Como le pagó más, se fue con él. Llegaron má adelante y se encontraron con otro que estaba trabahando, que estaba allanado el teso con el culo, ¡venga dale culazo a un teso, venga dale culazo!

– Pero ¿qué hace usté ahí?

Iban ya dos, el de los pinos y él.

– Pos ¿qué hace usté ahí?

– Pueh aquí estoy trabahando, estoy ganando el hornal.

– Y ¿a cómo le pagan a usté?

– A tanto.

– ¡Véngase usté conmigo!

Pues se van loh doh. Ya eran tres. Ahora fue y le diho Juan el Oso:

– Aquí hay un pozo mu hondo. De los dos que ehtaban vamo a atar a uno a ver donde baha, a ver si ehtaba hondo.

Y dice uno:

– Yo la cago.

Y, claro, ataron y tiraron de la sogá.

– ¿Qué has visto?

– No he visto máh –decía aquél– un pozo con agua.

¡Lo que había! Y ataron al que estaba llanando el teso con el culo y aquél también pos no vio más que agua, lo que vio el otro.

– Bueno, pos ahora me voy a...

Se ató él.

– ...vosotros me estiráis, ¿eh?

Lo ataron a él, paso el pozo, del pozo p'abaho y llegó a la casa de encanto; y había una habitación y un espeho en la puerta.

– ¿Quién portea?, –dice.

– Yo soy, –dice.

– Y ¿quién eres?, –le respondió la voz de dentro.

Dice:

– Yo soy Juanillo el Oso –le diho–. ¡Ay!, pueh, ¿cómo estás ahí?

El no veía la moza, el na más veía la voz..., estaba candao y le dice:

– ¡Ay! Estoy aquí encantada por cien años.

Encantada era por lo malo, alguna persona que la hubiese cohío, como las bruhas que la llevasen. La cohío, la ató al pozo, los otros ehtiran. Pensaron que era de Juanillo el Oso y estiraron de la moza, y él se fue máh alante y llegó a otra puerta y le diho:

– ¡Pum, pum!

– ¿Quién?

– Pueh, ¿qué hacen ahí?

Dice:

– Aquí estoy encantada por cien años.

Él no le diho que había sacao a una ya, él no se lo diho. Dice:

– Pero estoy aquí encantada.

– Y ¿quién tiene que venir? –le diho Juanillo el Oso.

Dice:

– Tiene que venir un toro, un toro echando fuego por todos los sitios y el toro tiene que decir: “o me matas o te mato”.

Dice Juan el Oso:

– Y ¿con qué hay que matarlo?

Dice:

– Con el rabito de perro de Juan el Oso.

¿Cómo lo llevaba él! Viene el toro echando fuego y dice:

– A carne humana me huele; si te coho, te devoro.

– ¡Ven acá! –le diho Juanillo el Oso.

Le pegó con el rabo del perro y le mató. ¡Ya sacó otra moza! Ahora llegó él, sin subir parriba, a otro portal máh alante. Al llegar a otra puerta, pueh le respondió lo mismo, le diho que qué pasaba. Dice:

– Pueh estoy encantada por cien años.

Bueno, ya había sacao dos, una pa ca uno, pero faltaba una pa él y diho, dice:

– ¿Quién tiene que venir?

Dice:

– ¡Aaay! –le diho la muher dentro– es que tiene que venir una serpiente, ¡ffjate!, una serpiente echando fuego y esa serpiente, si no la matas, me quedaré encantada por otros cien años. Y si la mata uno que tenga el rabito...

Pueh la mató también. Sacó a las tres mozas, las ató y las sacó parriba y diho:

– Una pa ca uno.

Y diho él:

– Yo no la quiero.

– Pueh sobra una.

– Pueh la que sobre, la regalo –diho Juanillo el Oso.

Pue luego después se casaron con ellas y él no se casó. Siguió mas adelante y fue... ¿And'iría él, ande iría él? El fin de él no se supo ande fue, pero los dos se casaron con las dos mozas que subió y la moza esa, la que queó, diho que se iba con Juan el Oso y con Juanillo se fue. Pueh una le dio una medalla de oro, otra una media naranja de oro y otra, otra cosa: tres regalos. Y aquella le diho que como la había sacao del encanto, que se marchaba con él, y ¿ande irían? Ande fuesen y los otros se casaron con las dos que sacó y se acabó (2).

2. JUAN PORRA DE QUINCE QUINTALES (3)

En un pueblo habitaba un matrimonio que tenía siete hijos, y el mayor de todos, al ver que su padre era tan pobre, le dijo, dice:

– Padre, me tienes que hacer una porra de quince quintales, once arrobas y media; como hijo mayor, quiero marcharme a buscar mi vida.

Se puso un morral, y con una cornata y una caja de cerillas, se echó al campo. Anduvo y anduvo, y a la lejanía de él vio una casa que echaba humo. Entonces, se dirigió a ella y, al llegar a ella, olía muy bien a chorizo y carne asada, pero, como hacía mucho frío, no quiso llamar a la puerta; se subió a la chimenea y, al mirar para abajo, dice:

– ¡Qué bien huele a chorizo y migas asadas!

Entonces oyó hablar a dos pastores que había dentro y dice:

– Bueno, allá va mi porra y, donde va mi porra, voy yo.

Y se tiró por la chimenea. Se encontró con dos mozos y le dijeron:

– A buena hora vienes, que es la hora de la cena.

Les contó sus aventuras y le dicen:

– Cena con nosotros.

En agradecimiento, le dice:

– ¿Por qué no venís conmigo?

Y dijeron entonces ellos:

– Bueno, vámonos.

Pero él iba con su porra tanteando el suelo. Llegó a un sitio que sonó hueco, dijo:

– ¡Parar!, que aquí hay un pozo. ¿Qué podrá haber dentro d'él?

Se encontraron con una gran piedra, que era una losa, y entre los tres la levantaron y vieron que era un pozo. Dijo:

– ¡Escuchad, que se oyen voces de mujer abajo! –dijo– ¿quién se va atrever a bajar?. Y Juan, que así se llamaba, le dijo a uno de ellos –baja tú.

Y el otro al otro:

– Baja tú.

Pero Juan tiró su porra y dijo:

– ¡Allá voy!

Y se tiró y allí se encontró con tres chicas guapísimas, y una le dijo:

– Ten cuidao, porque estamos aquí encantadas por mi padre león, diablo, toro.

La del diablo le dijo:

– Ten cuidao, que mi padre te va a dar una espada para pelear con él. Tú no quieras la brillante, quiere la roñosa.

Y al pelearse con el diablo, que era el padre, le cortó una oreja, pero la oreja hablaba y se la metió en el bolsillo. Y cogió y la llevó a la puerta del pozo y les dijo:

– ¡Tirar!

Y se quedaron sorprendidos al verla tan guapa y les dijo que eran tres hermanas. La segunda con un toro. El toro tenía tres cuernos, uno en medio y los otros a los lados. Con la porra desencantó pegándole en el cuerno del medio. Le dio media pera, y la llevó a la puerta del pozo y dijo... Ya eran dos. La tercera, mató al león y le dio media naranja. Llegó a la boca del pozo y dijo:

– Tirar que terminó mi encanto, ahora aquí me quedo prisionero.

Pero mordió la oreja y le dijo:

– ¿Qué me dices, qué me mandas?

– Que me saques de aquí y me lleves con mis compañeros.

Cuando salió arriba y estuvo con sus compañeros, mordió la oreja y le dijo:

– ¿Qué me dices, qué me mandas?

– Llévame al pueblo del rey y ponme un traje nuevo para ser bien presentao.

Delante del rey le dijo:

– ¿Qué deseas?

– Casarme con la primera de sus hijas.

– No va a poder ser.

Dijo:

– Haré lo que usted me mande.

Y el rey le contestó:

– Te voy a dar una casa por ocho días y si no cumples los tres deseos, no te podrás casar con ella.

Le llevó a la casa, le llevó de comer, de beber y la semana se la pasó durmiendo. El pueblo le iba a ver, pero siempre estaba durmiendo, y, tres horas antes de cumplir su condena, sacó su trofeo, le mordió:

– ¿Qué me dices, qué me mandas?

– Que me cumplas los tres deseos, y que me vuelvas más joven y me saques delante de su majestad.

Su majestad dijo sí y se casó. Se casaron y fueron felices. Y colorín, colorao, este cuento se ha acabado, y colorín, colorete, aquí no dan lo que prometen (4).

3. EL ZURRÓN QUE CANTABA (5)

Era una chica que la mandó su madre ir al jardín a cortar unas flores y, cuando llegó a casa, la chica se percató de que había perdido el collar, y la madre la mandó volver al jardín a buscarle.

Cuando llegó allí, se encontró con un mendigo y la preguntó que a qué iba allí. Ella le contestó que a buscar un collar que había perdido; el mendigo la dijo que se metiera en el zurrón y le encontraría. Una vez dentro del zurrón la chica, el mendigo le ató, se le echó a la espalda y se marchó a la ciudad. Para que le dieran limosna, hacía creer a la gente que cantaba el zurrón. Cuando se paraba a descansar, el mendigo decía:

– ¡Canta, zurrón, canta,
o te doy con la palanca!

Al oírlo, la chica que estaba en el zurrón cantaba:

– *Por el collarcito de oro
que en el jardín lo dejé,
por mi padre y por mi madre,
en el zurrón moriré.*

Cuando llegó la noche, fue a una posada y dijo a los posaderos que tuvieran cuidado de no tocar su zurrón. Cuando el mendigo se acostó, vieron los posaderos que el zurrón se movía, por lo que intentaron abrirle, logrando sacar de él a una niña. Después de coger con cuidado a la pequeña para que no se despertase el mendigo, y, para que al coger el zurrón el mendigo no pensase que habían andado en él, metieron unas tortas de manteca y un gato.

El mendigo, cuando llegó a otro pueblo, empezó a decirle:

– ¡Canta, zurrón,
que te pego un coscorrón!

Y el gato decía:

– ¡Miau, miau,
qué rico ha estau!

Y el mendigo volvía a insistir, contestando el gato:

– ¡Miau, miau,
qué rico ha estau!

Y enfadado, decía:

– Cuando llegue a las afueras del pueblo, ¡qué palos te voy a dar!

Cuando llegó por fin a las afueras del pueblo, desató el zurrón y le saltó el gato sobre él; le echó las uñas en los ojos y le mordió la nariz, y el mendigo malicioso se quedó hecho un infeliz (6).

4. LAS MONTAÑAS ROJAS (7)

Érase una vez un niño muy pequeño que, el pobre, andando y andando se fue creciendo, mas un día pensó y dijo:

– Yo quisiera irme a las montañas rojas, pero están tan lejos, tan lejos que ¿cuándo podré llegar?

En esto, se le acerca un hada y le dice:

– Chiquito, pues ¿qué te pasa en el camino donde estabas?

– Pues, que me quiero ir a las montañas rojas y no puedo.

Dice:

– Bueno, pues mira, si haces lo que yo te diga, entonces sí llegarás.

– Bueno, pues vaya usted diciendo.

Dice:

– Mira, ponte aquí en medio la carretera, espera que venga un águila muy grande, muy grande; se va a parar delante de ti. Tú súbete al águila. Pero, escucha: procura tener por lo menos tres kilos de carne y, cuando el águila diga “gruah”, le das un trocito; y, cuando te vuelva a decir “gruah”, le vuelves a dar otro trocito, y, cuando te quieras dar cuenta, te va a dejar en las montañas rojas.

Y entonces, pues, él, como no le dijo nada, se montó en el águila y, entonces, cuando el águila hizo “gruah”, le dio un cachito; al poco rato, le volvió a pedir otro poquito, “gruah”, otra vez más p’alante. Cuando ya se quiso dar cuenta, se encontró a lo alto de una montaña, junto a unas rejas muy grandes. Y, entonces, allí, ya el águila se bajó, porque le pidió de comer, y como decía “gruah, gruah”, la carne se había terminao y no podía dar. Bueno, entonces, ya se bajó, pero él, al bajarse y ver esas puertas tan grandes, pues fue muy curioso y se metió pa dentro, y vio una casita muy pequeña y, entonces, en esa casita, que tenía las ventanas de cristal muy bonitas por toos los laos, y él, entonces, se asomó y vio ropa allí de tres niñas, pero él no sabía quién serían ni quién no y dijo:

– ¡Ay!, pues aquí hay alguien.

Y ya miró para la izquierda y, entonces, vio que había un lago muy grande y dijo:

– Pues yo voy allí y me voy a bañar.

Y al irse a bañar, pues se dio cuenta que había tres chicas allí y dijo:

– Ya, la ropa que está ahí en la casita, pues es, claro, de esas doncellitas –dice–, bueno, pues ahora a ver cómo me hago ver, para ver cómo puedo llegar.

Pero esto, ya salió una que tenía el mismo talento de su padre, porque su padre era un ogro muy grande y, entonces, vino y le dijo, dice:

– Pero, oye, tú ¿cómo estás aquí?

Dice:

– Pues nada, vengo en busca de fortuna, en fin, a ver lo que puedo hacer.

Dice:

– Salte de aquí corriendo que mi padre te comerá y luego, después, ya no te podemos decir nada.

Dice:

– Pues no m'he de ir, porque he de quedarme aquí.

Dice:

– Bueno, si haces lo que yo te mande, entonces te salvaré. Pero si no, no podrás salir.

Y era la más pequeñita de las tres. Bueno, pues ya vino y dice:

– Espera que nos vayamos a vestir y, entonces, ya te llevo yo al palacio.

Cogió y le llevó al palacio y, al llevarlo al palacio, le dijo de esta manera, dice:

– Mira, ahora mi padre te dará para beber vino blanco y vino tinto. Tú cógete el blanco, no quieras el tinto y no se lo desprecies, hazle buena cara.

Pues así lo hizo y entonces dice:

– Pues ahora hacerle la cama, no, primeramente a cenar.

Dice:

– Bueno pues vamos a cenar. Mira mi padre nos ha puesto pollo asao; te va dar uno muy doradito, muy doradito, pa que lo comas. No lo quieras, come el otro medio blanco, que es el que está bueno y no pasará nada.

Bueno, pues todo eso lo hizo en compañía de todos y, entonces, ya por la noche, dice:

– Ven, que te voy a acompañar a tu habitación.

La dijo su padre, dice:

– Anda, acompáñale a su habitación.

Conque cogió y le acompañó a la habitación. Dice:

– Mira, tienes que subir una escalera sí, otra no, o sea, en un banzo pones los pies, en el otro no, en uno sí, en otro no, hasta llegar a la cama. Y, por la noche, no te acuestes en la cama; acuéstate en el suelo.

Dice:

– Y eso ¿por qué?

Dice:

– Porque mi padre deja caer las espadas y te atravesará, pero así no te hará nada.

Bueno, pues nada, por la mañana coge el rey y va muy contento a ver al muerto, pero se encontró que estaba vivo, no estaba muerto. Entonces le dijo:

– ¿Por qué has venido aquí?

Dice:

– Pues por esto.

Dice:

– Pues entonces te voy a pedir tres deseos. Si sales con ellos, te casarás con una de mis hijas, pero si no...

Bueno, pues cogió y qué hizo; le bajó, le dio de comer, bien, como todos. Dice:

– Mira, uno. Tienes que hacer esto. Con este hacha de papel que te voy a dar y esta sierra de papel, hay que caer todo ese monte, pero le tienes que caer en cinco minutos.

– Imposible de los imposibles– dice él.

Y entonces viene la niña y le mira por un lao, cuando ya vio que su padre se marcha y le dice:

– ¿Qué te ha dicho?

Dice:

– Esto.

Dice:

– Vente conmigo que nos vamos a tumbar allí bajo un árbol y verás cómo está todo hecho.

Y así fue. Se despertó y estaba todo el monte caído. Y entonces vino y dijo:

– Bueno, pues ahora tienes que hacer otra cosa.

Dice:

– ¿Ha salido bien?

– Pues sí. Bueno, pues vas a ir al río donde ayer has estao bañándote; con esta malla que te voy a dar y todos los peces del río vas a sacar a la orilla.

Pues cogió y se fue al río, y también la niña salió a él. Dice:

– Mira, que me ha dicho esto, que lo tengo que hacer en cinco minutos.

Dice:

– No te preocupes. Échate a dormir en pie del río, que cuando te despiertes ya está todo hecho. No te vas a estar dormido más de cinco minutos, porque te despierto yo.

Bueno, pues cuando se despertó, estaban todos los peces, que eran peces rojos, cosas muy bonitas, todos puestos al lao del río. Entonces ya vino, dijo:

– Ya tengo dos deseos hechos.

Bueno, pues el tercero. Dice:

– Bueno, ¿qué tal?

– Has salido aprobao de dos, pero a ver ahora el último.

– Bueno, a ver el último, entonces.

Dice:

– Mira, en esa habitación hay una mesa muy grande. En esa mesa tienes que tumbar a mi hija y, con este cuchillo que te doy, la tienes que hacer toda cachitos, cachitos, cachitos..., pero cuidao, ¿eh?, no te olvides lo que estás haciendo, porque luego la tienes que volver a rehacer. Se va a quedar otra vez intacta, si sabes hacerlo.

Si sales con esa prueba, tuya será. Bueno, pues el pobre hijo lo tuvo que hacer y le dijo:

– Lo tienes que meter en la olla; cuando vaya a romper a cocer, lo sacas.

Pues cogió y hizo la prueba como dijo el padre, pero se olvidó del dedo gordo de un pie, se pasó un poquitín de los cinco minutos, en que lo pudo hacer y ya le faltó ese dedo. Y entonces el viejo dice:

– Bueno, aquí ya tengo una muestra.

Porque ya ella le habló y todo, como que no había pasao na.

Pero ese rey tenía tres caballos, tenía el del viento, el del pensamiento y el de acero; o sea, que los tres veloces. Bueno, entonces al ser así, dice:

– Pues nada, como veo que has aprobaos los tres, no tengo más remedio que darte una hija, la que tú quieras, pero te tengo que poner a prueba con las tres juntas.

– Sí, sí, como usted quiera.

Pues, en vez de agarrarla por así o por donde fuera, la agarró por los pies; cuando vio que faltaba el dedo, dice:

– Es ésta.

Y entonces se vio a la niña. Entonces dice el rey:

– Pues no te la puedo dar.

No se la podía dar porque tenía el mismo talento que su padre, y el padre, claro, no quería perderla porque era su guía y dice:

– Ésa, imposible.

– Pues es la que quiero.

Dice:

– Pues no puedo.

Le hizo una señal ella, dice:

– Mira, déjale, que ahora vamos a coger el caballo del viento.

Se cogieron el caballo del viento; cuando miran p'atrás, dice:

– Oye, que viene mi padre.

Venía con otro caballo su padre y llegan y dice él:

– Entonces, ¿qué hacemos?

Dice:

– Mira, uno la viña y otro el que está arreglándola.

Dice:

– Tú vas a ser el que estás arreglando la viña, y, cuando mi padre te hable, le contestas.

Conque llega y, claro, dice:

– Oiga, ¿ha visto usted por aquí una pareja montaos en un caballo?

Dice:

– No, señor, que estoy cavando mi huerta y yo no he visto a nadie.

Dice:

– Entonces, ¿cómo la voy a encontrar ahora, ahora sí que estoy perdido.

Se marchó, pero mientras, en ese tiempo, ella cambió el del pensamiento, que era todavía más avanzaos que el del aire. Bueno, mira otra vez p'atrás y que ven que viene su padre. Dice:

– Oye, que nos sigue otra vez mi padre, estamos cogidos. Dice –pues vamos a correr, vamos a correr y hala.

Y ella veía que el padre ya les cogía y dice:

– Oye, que vamos a hacer un río, un caballo va a ser el puente, nosotros vamos a pasar por él y el otro va a ser el río, que corra el agua –dice– y él, como no va a poder saltar, porque al otro lao con el otro le vamos a hacer un fuego.

Pues ya se quedó en este lao, el padre ya no pudo pasar y, entonces, ya un caballo fue el cura, el otro el sacristán y ellos fueron los novios que se casaron, vivieron felices y a mí me dieron con el plato en las narices (8).

5. UN PADRE Y UN HIJO SE COMEN LA ASADURA DE LA MADRE (9)

Se murió la madre y el padre y el chico, que eran muy pobres y tenían mucha hambre, abren a la madre antes de meterla en la caja, y le sacan los riñones, y los asan y se los comen. Entonces, a la señora la entierran y al día siguiente oyen una voz muy lejana, una voz conocida, porque era de la madre, que les dice:

– ¿Dónde está mi asadura? [Con voz fuerte y quejumbrosa].

Y dice el padre al hijo:

– Es la voz de tu madre; es la voz de tu madre que viene a por la asadura. [Con voz asustada].

Y dice:

– ¿Dónde estás?

– En el cementerio. [Con voz cavernosa].

– ¡Ah, bueno! Si está en el cementerio, menos mal. [Con voz de alivio].

Pero, de repente, suena otra vez la voz, más cerca:

– ¿Dónde está mi asadura?

Y el padre dice al hijo:

– Es tu madre, es tu madre, que viene a por la asadura. ¿Dónde estás?

Dice la madre:

– Estoy en el camino del pueblo.

– ¡Ay, Dios mío! Ya está más cerca.

Entonces otra vez la voz se oye:

– ¿Dónde está mi asadura?

Y dice el padre:

– ¿Dónde estás tú, donde estás?

Y dice:

– Estoy a la puerta de casa.

Y entonces dice el padre:

– Vámonos a la cama, hijo, vámonos a la cama, que es tu madre que viene a por la asadura.

Y entonces se meten en la cama y, de repente, la voz otra vez:

– ¿Dónde está mi asadura?

– Nosotros no la tenemos; nos la hemos comido.

– ¿Dónde está mi asadura?

– ¿Dónde estás tú?

– Estoy debajo de la cama.

Les da un susto y se mueren los dos (10).

6. LOS CAZADORES Y EL CHAVAL (11)

Pues una vez eran dos cazadores y aburridos de que entodavía no habían visto nada con la escopeta y el perro, p'aquí, p'allá, p'aquí, p'allá, pues nada. Conque ya se encuentran con un chaval que estaba cuidando las ovejas en una ribera de un río, y le dice el compañero al otro, le dice:

– Oye –dice– ¿Quies que vayamos un poco a reírnos de aquel chaval que hay ahí abajo con las ovejas esas?

– Ten cuidao, ten cuidao, no creas que nos vamos a reír de él y se ría él de nosotros.

– ¡No jodas, hombre! ¡No, hombre! Vamos p'allá.

– Pues vamos p'allá.

– ¡Eh, chaval!, –dice– mira que toda la mañana por ahí y que no hemos visto nada, ni hemos disparao nada. ¿Dónde echaríamos una liebre, sabes tú?

– Sí.

– Dinos dónde.

– En mi morral, que está vacío.

¡Ay la Virgen! ¡Que la echaría allí si la tuvieran los cazadores! Se miran el uno al otro y dice:

– ¿Qué? ¿No te decía yo?

– El caso es que nos pasa lo siguiente: queríamos pasar el río éste y no vemos medio.

– ¡Eso es muy fácil! Se hacen ustedes un puente, pues por aquí mismo.

Se miran otra vez el uno al otro y dice:

– No te decía yo que se reía de nosotros.

Ya salta cabreao uno y de mala leche, de mala hostia, y dice:

– ¡Oye, chaval! ¿Para ir al coño tu madre, por dónde iríamos mejor?

– ¡Más fácil todavía! Se montan en la picha de mi padre y los lleva todo derecho (12).

7. SU MAJESTAD ES-COJA (13)

Había una vez una reina que era coja, y los criados no se atrevían a llamarla “coja”. Entonces, entre ellos, hicieron una apuesta a ver cuál de ellos la llamaba coja y uno de ellos dijo:

– Vale, yo la llamo.

Fue y cogió un ramo de flores en el jardín y se le fue a llevar a la reina. Entonces la dijo:

– Su majestad escoja, es coja su majestad.

Y la reina cogió una flor y así el criado la llamó coja (14).

8. QUEVEDO LLAMA COJA A LA REINA (15)

Quevedo se juntó con unos amigos y les dijo, dice:

– ¿A que llamo a su majestad la reina, la llamo coja?

Y dicen:

– ¡Bueno! ¡Coja la vas a llamar!

Dice:

– Pues sí, verás.

Y fue Quevedo, compró un ramo de rosas y claveles y se fue a palacio, y pidió audiencia para ver a su majestad la reina. Y ya se la presentaron y salió la reina y fue Quevedo, se arrodilló delante de ella y dijo:

– Majestad, entre claveles y rosas, su majestad escoja (16).

9. EL REY Y EL PASTOR (17)

El rey le dijo a un pastorcillo, dice:

– ¡Coño! los pastores que dicen que sabís mucho, a ver si sabes cuántas horas tarda el sol en dar la vuelta a la tierra.

Y le dijo el pastor:

– ¿Eso no sabe usted? Claro que lo sé, veinticuatro horas tarda en dar la vuelta al mundo el sol.

– Bueno, bueno, eso está bien (porque le vemos que se pone y a las 24 horas sale por allí, ha dao la vuelta, le vemos que se pone po allí y luego sale otra vez puallí...).

– Bueno, y ¿cuántas arrobas pesa la luna? Eso también lo sabrás.

– Sí, hombre, ¡cómo no voy a saber! ¿Usted tampoco sabe eso?

Dice:

– No, no.

– La luna pesa cuatro arrobas.

Dice:

– ¿Por qué pesa cuatro arrobas?

Dice:

– Porque tiene cuatro cuartos y cada cuarto pesa una arroba: cuarto creciente, menguante, luna llena y cuarto creciente (*sic*).

– Bueno, bueno, está bien.

Y dice:

– Ahora, vamos a ver, y ahora ¿cuánto valgo yo? A ver si sabes lo que valgo yo.

Dice:

– Usted no vale pa nada.

– Pero, hombre, ¿cómo me dices eso? Te vua llevar a la cárcel. Pero al rey dices que no vale pa nada.

– No señor; porque usted, si se muere, deseguida ponen otro y ya usted no vale pa nada (18).

10. [RESPUESTAS AL JUEZ] (19)

Una vez había un señor condena a cadena perpetua y tenía una chica, pues más o menos así... y, claro, la avisaron para..., porque el juez le dijo que si acertaba cuál era lo que más calentaba, lo más verde y lo más duro, que se salvaba, que si no, pues que no, que no se salvaba. Y fue la chica con su padre a ver qué pasaba. Conque ya va y dice el juez:

– Vamos a ver: ¿Cuál es lo más verde que hay?

Y el hombre piensa que piensa, piensa que piensa y dice:

– El mes de mayo.

Dice el juez:

– Muy bien, muy bien, ya veis que está todo verde aquí. Vamos a ver –dice– ¿y lo que más calienta?

Piensa que piensa, piensa que piensa y a la chica la llevaban los demonios, “¡Pero este hombre, pero tal que si no lo dirá!”. Conque ya se le ocurre y dice:

– Hombre, lo que más calienta –dice– para mí, mire usted –dice– yo creo que es el sol.

– Pues sí señor, el sol. ¡Bueno! Pues ahora, vamos a ver: ¿Y lo más duro?

Se queda piensa que piensa. Ya pasaron dos o tres minutos y que no. Y ya la chica se decide y dice:

– ¿Es igual que lo diga yo que mi padre?

– Con tal de que lo digan y acierten –dice.

¡Hala! pues lo dice:

– Mire usted, señor juez, lo más duro que hay es la picha de mi padre, que lleva treinta años jodiendo y no se le ablanda (20).

11. LOS GALLEGOS Y EL CARRO DE PAJA (21)

Unos gallegos fueron a robar paja y se tiran por un bocarón a robar. Y dice:

– Mira a ver tú, mira a ver.

Se tira ya uno y dice:

– ¡Ay, ay, ay!

Dice el de arriba:

– ¿Hay palla o no hay palla?

Dice:

– ¡Un carro!

Creía que era un carro de paja. Y se tiró el segundo.

– ¡Ay, ay, ay!

– ¿Hay palla o no hay palla?

– ¡Un carro!

Y se tiró el tercero, igual. Y todos se mataron los pobres gallegos (22).

12. LOS GALLEGOS Y LAS MORAS (23)

Eran unos gallegos que fueron a comer moras y se pusieron moraos, y sienten ruido y pasos:

– Mira, que vienen. ¿Dónde vamos, dónde nos subimos?

– Al árbol, al árbol.

Y se suben a un árbol los dos. En esto que llegan los ladrones a repartirse el dinero que habían robao y se sientan en el mismo árbol que estaban los gallegos.

– Toma, esto pa ti, esto pa ti, esto pa ti.

– Y ¿pa mí? –dice uno de los gallegos.

– ¡Ah! Pero estás ahí, ¡baja, baja!
Y fue y le mataron. Dice:
– ¡Ay, qué sangre más roja tiene!
Y dice el otro que había quedao:
– Es que ha comido moras.
– ¡Ah! Pero estás tú también ahí. ¡Baja, baja!
Y le mataron también (24).

13. EL CURA Y EL CRISTO (25)

El cura andaba pidiendo, que se había quedao sin Cristo en la iglesia, andaba pidiendo a los feligreses pa comprar un Cristo. ¡Bueno!, total que se gasta los cuartos en putas, y dice a uno allí en el pueblo:

– ¿Quiés hacer de Cristo en la procesión de mañana?
– ¡Sí, ah!

Le ponen allí sentado, tucu, tucu, tucu... la procesión. ¡Cuhete pallá! ¡Pom, pom! ¡Cuhete pacá! ¡Cuhete pallá! Andar, andar. Le dan ganas de mear.

– ¡Señor cura, que me meo! ¡Señor cura, que me meo!
– ¡Hombre, por Dios! ¿Cómo vas a poder mear?

Bueno, puede que sí. Y se arriman un poco los del ayuntamiento y el cura le saca el... y mea. Pero lo cojonudo es luego, lo otro, más adelante, andar, andar, y venga cuhetes, y venga la música, tucu, tucu...

– ¡Que me cago, señor cura, que me cago!
– ¡Huy! Eso sí que es muy difícil, eso no lo puede hacer, hombre.

Y ya pues tanto le obligaba, dice... manda el cura parar la procesión:

– ¡Alto! Queridos feligreses, bastante tiempo os habéis cagado vosotros en Cristo. Ahora se va a cagar Cristo en vosotros ¡Vivo!

Se bajó los pantalones y cagó (26).

14. [EL AMA DEL CURA] (27)

Esto era el cura y el ama, y to los días, cuando se iban a echar la siesta, tenía un sobrino, y l'ama pues muy lista, abría la puerta de la cuadra para que la burra se fuera a comer a los trigos y to los días:

– ¡Chico! –le decía su tía, dice– vete a ver la burra –dice– porque ya se ha escapao.

Y en esto que el chico se caló algo, dice:

– Que ya se ha ido la burra, –dice– me voy a por ella.
Dice:

– Pues, hala, vete.

Y en vez de ir a por la burra, se metió debajo de la cama y resulta que, cuando están en todo el jaleo, dice ella:

– ¡Ay! Veo el sol. –Dice– ¡Ay! Veo las estrellas

Sale el chico de debajo de la cama y dice:

– ¡Tía puta! Y ¿la burra no la ves? (28).

15. YO TRES Y TÚ DOS (29)

Eran unos viejos, un matrimonio ya mayores, que se pusieron a cenar y la señora decía:

– Pa mí tres y pa ti dos.

Y el hombre decía:

– ¡Mujer! Que yo soy la cabeza de familia, y pa mí tres y pa ti dos.

– Pues no, pues para mí tres y pa ti dos.

Y de esa ruta estuvieron hasta que ya y eso... y el hombre como no cedía porque decía que él era la cabeza y que tenía que cenar tres y ella dos, y como no cedía, ya dijo la mujer:

– Pues me muero.

– Pues muérete.

Y se hizo la muerta la mujer, y ya “que se había muerto la mujer”, y la gente pues iba entrando y se decían unas a otras:

– Pues parece que..., mira qué cara tiene, como que no está muerta, mira qué cara tiene como que no está muerta ella.

Pero iba el marido y se ponía al oído de ella y la decía:

– Pa mí tres y pa ti dos.

Y creían que iba a besarla o que iba a quererla, porque la gente decía:

– ¡Mirai lo que la querrá! ¡Fíjate! ¿Qué la dirá al oído?

Y de cuando en cuando volvía y decía:

– Pa mí tres y pa ti dos.

– No, pa mí tres y pa ti dos.

– Mira, que ya viene la..., que te van a meter en la caja.

– Si me meten que me metan.

Se lo decía al oído:

– Mira, que ya viene el cura. Pa mí tres y pa ti dos.

Y a la mujer no había quien la sacara del “pa mí tres y pa ti dos”. Y ya, pues se iban p'al cementerio. La cogieron y la llevaron al cementerio. Y, cuando ya la van a meter, pues dice:

– Mira, que ya te van a meter, que te meten en el hoyo; pa mí tres y pa ti dos.

Y dice:

– No, pa mí tres y pa ti dos.

Y ya, de enfadao que estaba el señor, dice:

– ¡Cómete toos los cinco!

Y echaron a correr los enterradores que allí había, que eran cinco, porque creían que eran ellos a quien decía, que como dijo que eran cinco, pero el hombre lo decía por los huevos, y... hala, echaban a correr todos. Y cuando llegaron a casa, quien se estaba comiendo los huevos era el gato, que se dio un banquete de cinco huevos, y este cuento se acabó (30).

16. LA MUJER DEL SACRISTÁN Y SAN ANTONIO (31)

Esto era una vez un cura que estaba liao con la mujer del sacristán. Y resulta que ya no sabía qué hacer para que no los viera el marido y poder pasarlo bien. Total, que fue un día y se puso a rezarle a San Antonio y a pedirle que qué le harían a su marido para que se quedara ciego y así poder pasarlo bien con el cura. El sacristán, que los oyó, se cogió, al día siguiente, y se puso detrás del santo. Y fue la mujer y le pidió a San Antonio:

– San Antonio bendito, ¿qué le daré a mi maridito para que se ponga ciego?

Y el sacristán, que estaba detrás de San Antonio, dijo:

– Jamón y huevos; jamón y huevos.

Total, que la mujer del sacristán, todos los días, le ponía a su marido jamón y huevos pa comer, pa cenar, pa desayunar. El sacristán, muy pillo, dice:

– ¡Huy, mujer! No sé qué me pasa en este ojo, pero veo poco.

Seguía dándole lo mismo y a los pocos días:

– De este ojo veo poco, mujer. ¡Me estoy quedando ciego!

Y así, pues, el cura iba a casa del sacristán, como el marido estaba ciego, claro, no se daba por enterao. Total, que un día llega el sacristán, y tenía un hijo de nueve años, y le dice:

– Hijo, trae la escopeta, que me estoy quedando ciego y te voy a enseñar a tirar, para que puedas ir de caza.

Coge la escopeta y dice:

– Mira, hijo, las perdices hay que tirarlas al vuelo, los conejos al salto, las liebres a la carrera, y a la cabeza de los curas, de esta manera, ¡pum!, y le mató (32).

17. SANTA TERESA Y EL PAJARITO (33)

Antiguamente decían que Santa Teresa quería ser confesora como los curas, y para ello rezaba a Dios todas

las noches. Una noche que rezaba, Dios se le apareció y la dio una cajita y la dijo que, si no la abría en tres días, la permitiría confesar.

Pero tanta curiosidad tuvo Santa Teresa que la abrió antes de tiempo. Dentro de la caja había un pajarito y se escapó. Al tercer día, Dios vino otra vez y le dijo:

– Tú, Teresa, no puedes ser confesora, porque antes de los tres días los descubrirías (34).

18. [PIDE MARIDO AL CRISTO] (35)

Una mujer iba todos los días a la iglesia y delante del Santo Cristo le pedía:

– Santo Cristo bendito, da a mi hija un buen maridito.

El sacristán, que veía lo que hacía esa mujer a la misma hora todos los días en la iglesia escondido detrás de una cortina, después de que la señora hacía la petición, él contestaba:

– ¡Bueno!

Y así todos los días, hasta que su hija se casó. Pero tuvo la desgracia de que su marido era feo, borracho, vago y malo, y de que la tratara muy mal. Entonces, su madre, al ver esto, volvió a la iglesia y, delante del Santo Cristo, decía:

– *Patazas, manazas,
cara de cuerno;
según tienes la cara,
me has dado el yerno* (36).

19. [TÚ PAGAS] (37)

Llegaron tres a una posada sin dinero y, al pagar, los tres hacían como que la querían pagar, y, al final, para decidir quién de los tres pagaba, acordaron tapar los ojos a la posadera y al que ella tocara, pagaría. El resultado fue que, cuando la taparon los ojos, los tres escaparon y al que fue a tocar fue a su marido y dice:

– Tú pagas, (pensando que era uno de los huéspedes), y el marido dijo:

– Pagamos los dos (38).

20. LOS AMIGOS (39)

Unos gallegos fueron a tomar un aperitivo, eran muy amigos; dice:

– Vamos, yo pago ¿eh?, yo pago.

– ¡No, hombre, no! Pago yo.

Ya el cantinero dice:

– Pues miren, es tanto. Tiene que pagar uno.

– ¡No, hombre, yo pago!

– Pues miren: pónganse con la cabeza pa abajo ahí en esos tinos y el que levante la cabeza primero, aquél paga.

Y se ahogaron los tres (40).

21. EL TÍO PERICO (41)

Era un hombre pobre muy aficionado a la bebida, y todas las tardes se iba al bar y, allí, había dos señores bastante pudientes, que a él le daba mucha envidia que ellos pudieran ser más que él. Y un día tuvo una ocurrencia de decir que había comprado un burro y que ya no les tenía envidia porque cagaba onzas de oro. Los otros, como tenían dinero y les llevaba mucho la avaricia esa, pues:

– Véndanosle ustedé.

– ¡Bah, no faltaba más! Les voy a vender el burro que va a ser mi felicidad.

– ¡Nada, nada, nos le tiene ustedé que vender!

Bueno, pues dos por tres, les pidió mucho más de lo que valía y se lo dieron. Le llevan a la cuadra, esperando que hiciera del cuerpo el burro, y que no salía ninguna onza de oro.

– ¡Bueno, pues este tío nos ha engañao!

El hombre, ya con temor de que iban a irle a buscar, pues le dijo a la mujer, dice:

– Mira, vete a la plaza y compras dos panzas de cordero; una la pones para cenar, pero la otra te la pones tú así, al vientre.

Y, efectivamente, por la noche llegaron los otros dos a su casa y ya había venido del campo.

– Tío Perico, venimos a...

Y él se hizo el borracho y la mujer:

– ¡Qué habrás hecho, sinvergüenza! Y que tal y qué sé yo.

– Calla la boca que te tendrá mejor cuenta.

La decía a la mujer, y la mujer, como todas las mujeres, no se callaba. Total, que saca la navaja y ¡pam!, la metió un navajazo en la barriga y la mujer se cayó p'atrás. Los otros:

– ¡Huy, tío Perico! Si nosotros no venimos a esto, si na más venimos a reprenderle que nos había ustedé engañao y que...

– ¡Bah! ¿Os asustáis por esto? ¡Nada, hombre, nada! Veráis...

Sacó un chiflato, purrruuu, rruuu, y se levantó la mujer.

– ¡Nos tié ustedé que dar el chiflato!

– ¡Bah, mia que sois antojaos! Pues no, hombre, si es que yo con esto me defiendo bien.

– ¡Na, na, que nos dé el chiflato!

Pues, dos por tres, chiflato que se llevaron pa casa. Bebieron en el bar, cuando llegan a casa, las mujeres, pues a cargar con ellas. El que tenía el chiflato la pegó una navajada y mujer panz'arriba pa siempre. Venga a tocar el chiflato y que no. El otro, como la había matao también, pues estaba esperando a que viniera el día pa ir a llamar al otro; y, cuando fue el día, fue a por el silbato y venga a tocar el silbato y que no.

– ¡Pues esto no tiene solución!

Pero el tío Perico había comprado dos liebres, vivas, y una la tenía atada a la pata la cama y la otra se la llevó al majuelo, y la dijo a la mujer:

– Cuando vengan a buscarme, dices que estoy en la viña, y que no, que no te molesten.

Conque llegaron allí y:

– ¡Bueno, aquí no tiene ustedé salvación; ya nos tiene ustedé negros! Porque tal, porque cual...

– ¡Huy, hombre! Dejarme despedir de la mujer, que pa la última noche, siquiera cenar con ella... y qué se yo. –Dice– voy a mandar la liebre esta pa que la dé razón.

Ya había quedao con la mujer en la cena que tenía que poner: arroz y patatas; y era lo que cenaban todas las noches. Conque le manda la liebre con la razón. ¡Sí, la liebre se marchó al monte! Bueno, llegaron a casa y le dejan de la mano y, efectivamente, arroz y patatas y la liebre atada a la pata la cama.

– ¡Nos tie ustedé que vender la liebre!

– ¡Pero mira que sois antojaos; también os voy a vender la liebre!

Bueno, pues también se entendieron y se llevaron la liebre pa casa. Se salieron por la mañana sin chaqueta, sin merienda ni nada, al campo. Uno no tenía tabaco, dice:

– ¡Anda, marcha a por tabaco!

Sí, marchó a por tabaco; marchó un poco lejos la liebre. Total que ya dice:

– Bueno, pues ya no hay más remedio que ahogar a este tío, porque no pue ser. ¡A tirarle al río!

Le metieron en un saco, el hombre era muy pequeño, y le ataron la boca. Pasan por una tasca, dejan el saco a la puerta y se metieron ellos a tomar el aguardiente. Pero había un pastor allí que estaba cuidando las cabras y sintió que el hombre decía:

– ¡Aaay, aaay!

Y se asoma al saco por curiosidad y dice:

– ¿Qué le pasa a ustedé, buen hombre?

Dice:

– Que me llevan a ser rey y yo no lo quiero ser.

– Pues lléveme usted a mí.

Dice:

– Pues desata.

Desató el saco, se metió el muchacho y él a cuidar las cabras. Llegaron al río, cogieron el saco y, ¡pumba!, al río.

– ¡Hala, otra vez a casa!

Y según venían, en el camino, dice uno al otro:

– Mira, que es aquel el tío Perico.

– ¡Vamos! Es un crío.

– Que te digo que es el tío Perico.

Conque ya llegaron allí y, efectivamente, el tío Perico.

– Pero, hombre, tío Perico, si le acabamos de tirar al río y ahora...

– ¡Oooh! Me habéis tirao a la orilla y he sacao cabras; si me tiráis al medio, saco vacas.

– Pues venga usted con nosotros y me tire a mí.

Tiró a uno y no salía, y no salía, y dice el otro:

– ¿Cómo tarda tanto?

– Es un ansioso; está buscando las vacas.

– Pues tíreme usted a mí pa ayudarle.

Colorín, colorado, el cuento se ha acabado (42).

22. LOS GUIJARROS DEL ARROYO (43)

Un soldao vino de la guerra muy hambriento, llega a un pueblo y entra en la posada, la única posada que había en el pueblo. Y entonces le dice a la posadera:

– ¡Por favor, me pone usted algo de comer!

Y la posadera le dice que no tiene nada.

– ¡Por favor! Pero ¿no tiene nada para darme de comer?

– No, no.

– ¿Y tampoco tiene sopa de guijarros de arroyo?

Entonces la señora dice:

– Pero cómo se va a comer usted eso, los guijarros no se comen.

Dice:

– Sí, es que yo sé hacer una sopa con guijarros de arroyo. A ver, ponga usted al fuego una cazuela, échele agua; ahora, cuando esté hirviendo, le pone unos guijarros; ahora, échele un poquito de ajo, un chorrito de aceite, dos tacos de jamón y un poco de pan. Cuando esté todo hervido, ya me lo como yo.

Entonces, cuando estuvo toda la sopa hecha, el soldao separó los guijarros y se comió la sopa (44).

23. [FUEGO] (45)

Señor amo, baje del alto de San Sebastián, deje la prójima nostra, calce las tiras viras, ponga los alberitates, que viene el que lleva los rates por las excelencias con la alegría al rabo, y, si la abundancia no nos favorece, se nos quema la chiviritaina.

Te lo voy a explicar: San Sebastián es la cama, la prójima nostra, la criada; las tiras viras, las zapatillas; los alberitates, los pantalones; el que lleva los rates, el gato; por las excelencias, las escaleras; con la alegría al rabo, el fuego; la abundancia, el pozo y chiviritaina, la casa (46).

24. A LOS POBRES SIEMPRE NOS TOCA EL DE LOS OJOS GRANDES (47)

Iban un padre y un hijo por el camino y se encontraron una perdiz y un mochuelo. Van a repartir y el padre dice:

– Pa mí la perdiz y pa ti el mochuelo.

El hijo se queda así y dice:

– ¡Jo! Eso no vale.

Y dice el padre:

– Bueno, pues pa ti el mochuelo y pa mí la perdiz.

Y dice:

– ¡A mí siempre me toca el de los ojos grandes!

Por eso, lo de “a los pobres siempre nos toca el de los ojos grandes” (48).

25. EL GRILLO (49)

Era un señor que se había empeñado en no trabajar y no trabajaba. Se pasaba el rato en los bares por la noche y haciendo fechorías para sacar pa vivir, porque ¿de qué iba a vivir? Y ya se le ocurrió un día coger una caballería de uno de los de la peña y llevársela al monte donde no supiera nadie dónde estaba.

– Le han robao el burro, le han robao el burro.

– Pues, si me dais diez duros, yo te digo dónde está.

Le dieron los diez duros y apareció el burro.

– ¡Huy!, pues éste es adivinador.

Se corrieron las voces por allí, por toda la región, que era adivinador, y, en ese tiempo, se le pierde a la reina una niña.

– ¡Buscar al adivinador!

¡Fíjate qué apuros! Y le dieron tres días de tiempo para que la encontrase. Le encerraron en una habitación que daba una ventana a la calle, y todo el día él estaba diciendo:

– Tres de los tres.

Tres días de los tres que le habían dado.

– Tres de los tres.

Y pasan por allí unos militares y oyen eso y dicen:

– Ya lo sabe este tío. Mirar, mañana sólo pasamos dos.

Como se había pasao un día, pues:

– Dos de los tres.

– Pues ya lo sabe. Pues mañana pasamos sólo uno.

Pasaron uno sólo y dice:

– Uno de los tres.

Se asoma a la ventana y dice:

– Oiga, tenga usted la niña, pero no diga que...

– No, a mí no me la deis. Métela en un trozo de pan, de meollo, y se la dais al ganso que está a la entrada de la puerta.

Efectivamente, se la dieron al ganso. Llegó:

– Bueno y ¿qué pasa con la niña?

– Pues miré usted, no la ha cogido nadie; la ha comido, la ha tragado el ganso.

Mataron el ganso, le sacaron el chisme, ¡bueno!

– Pues ahora tiene usted que quedarse con nosotros a vivir.

Él lo que quería era marcharse porque estaba en peligro; y ya le dieron que eligiera oficio, o lo que quisiera, y eligió sargento del ejército. Bueno, conque ya se corrieron las voces que era un pinta y que era un... Pues, un día, se fueron a instrucción, llegaron al campo, hicieron la instrucción que tenían que hacer y el teniente dijo:

– A discreción, descanso.

Y cada uno se puso por un sitio en grupos a hablar y esas cosas. Y uno de los muchachos encontró un grillo en la pradera y dijo:

– Vamos a ver este tío si es que es adivinador o qué es.

Ellos no sabían que le llamaban eso ni mucho menos; a él en su pueblo le llamaban “grillo”. Conque se reúnen cuatro o seis, le rodean y dicen:

– Bueno, vamos a ver. ¡Usted es un pinta y un sinvergüenza! A ver si aciertas lo que tengo en la mano.

Entonces el hombre, como se vio tan azorado, dice “me van a pegar una paliza” y se echó mano a la cabeza y dice:

– ¡Grillo, grillo, qué apurao te ves!

Y se salvó (50).

26. [EL GITANO SE CONFIESA] 51

Un gitano se quería confesar antes de marcharse a la feria, pero la iglesia estaba cerrada y llamó a la casa del

señor cura. La madre del señor cura se lo comunicó a éste y la dijo que, si sólo era para confesarse, que subiera a su habitación y le confesaría. Cuando subió el gitano descalzo, se encontró que estaba dormido y se puso los zapatos, que estaban como nuevos. Llamó y empezó la confesión.

Cuando llegó al séptimo mandamiento, dijo que había robado unos zapatos. Le recomendó que se los diera a su dueño y contestó:

– Se los doy y no los quiere.

– Pues quédese con ellos, –dijo el cura.

Y se marchó a la feria con zapatos como nuevos y a la medida (52).

27. EL CURA DE CANTALPINO (53)

El cura de Cantalpino fue a decir misa y, luego, al sermón, empezó a predicar y decía:

– Yo soy de Cantalpino, nací en Cantalpino, vivo en Cantalpino y soy de Cantalpino. Y Cantalpino, Cantalpino, qué ricos están las berzas con el añejo tocino.

Se acabó el sermón y la gente decía:

– ¡Tiene un piquito de oro! (54).

28. LAS BRUJAS Y EL SEÑOR PAULINO

Esto era una congregación de brujas que se reunían en ciertos sitios para hacer lo que a ellas bien les convenía. Y una noche estaban reunidas y les dijo una a las otras:

– ¡Venga! Decid conmigo:

*Sin Dios y sin Santa María,
por esta chimenea arriba,
vamos a ir a comer,
a la bodega del señor Paulino,
chorizos y beber vino.*

Ellas fueron, le comieron los chorizos, le bebieron el vino y, después de que estaban ya bien templadas, se salieron de allí y se fueron para su destino (55).

29. SAN SEBASTIÁN (56)

Era un señor en un pueblo que crió un almendro, y aquel almendro no daba almendras. Y el día de la fiesta del pueblo, la fiesta del pueblo era San Sebastián, empezó el cura del pueblo:

– San Sebastián, no vino San Sebastián, que nadie le protege, que nadie sufre...

Y estaba uno por debajo del púlpito que decía:

– San Sebastián, San Sebastián, del pesebre de mi burro eres hermano carnal.

Ya el cura se cabreó, le llamó y dice:

– Vamos a ver: ¿por qué dice usted eso de San Sebastián?

Dice:

– Porque sí, porque es hermano del pesebre de mi burro. –Dice:

– *Treinta años le crié,
fruto de él no cogí,
y el milagro que él haga,
que me lo claven a mí.*

Y era que a San Sebastián le habían hecho del mismo tronco del pesebre (57).

30. [DÓRMILIS, DÓRMILIS] (58)

*Estaba dórmilis, dórmilis,
debajo de pínguilis, pínguilis,
vino ráspilis, ráspilis,
y llevó a pínguilis, pínguilis,
y dejó a dórmilis, dórmilis.*

Que quiere decir que era un señor que estaba dormido debajo de un peral, porque lo estaba cuidando, pero vino el ladrón y le quitó las peras y lo dejó durmiendo (59).

31. [ESTABA DOS PIES] (60)

*Era una vez
estaba dos pies
arriba tres pies
comiendo un pie.
Vino cuatro pies
y le quitó el pie.
Se levanta dos pies
agarra tres pies
le da a cuatro pies
y le quita el pie.*

Esto quiere decir que estaba dos pies que era un hombre, comiendo un pie que era un pie de cerdo, arriba tres pies que era un taburete de tres patas. Vino cuatro pies, que era el gato y le quitó el pie, y por eso dice que se levanta dos pies, agarra tres pies y le da a cuatro pies y le quita el pie (61).

32. [LOBÍN SE LLEVA A RONQUÍN] (62)

*Estaba pinguín que pingaba,
abajo ronquín que roncaba,
vino lobín que lobaba,
y llevó a ronquín que roncaba,
y dejó a pinguín que pingaba.*

Que quiere decir: estaba pinguín que pingaba que era un árbol de bellotas, ronquín que roncaba que era un cerdo; lobín que lobaba que era el lobo, vino a coger a ron-

quín que roncaba y dejó a pinguín que pingaba que eran las bellotas (63).

33. LAS DOCE PALABRAS SANTAS (64)

En Segovia, antes de construir el acueducto, había que ir a buscar agua a un arroyo. Al atardecer, una moza fue a por agua y se encontró a un joven; este joven era el demonio pero ella no lo sabía. Empezaron a hablar, la decía que cómo iba a por agua tan lejos si él podía construir un canal que se lo llevase hasta casa, pero a cambio la pidió el alma.

Ella, al pedirla el alma, se da cuenta que es el diablo y no quiere hacer el pacto. Entonces el diablo la puso una condición: que, si quería ser libre, tenía que decir las doce palabras santas, dichas y perdonadas, antes de la media noche. La joven empezó a decirlas:

La una, la Virgen María que parió en Belén y quedó pura.

Las dos, las dos tablas de Moisés. La una la Virgen que parió en Belén y quedó pura.

Las tres, las tres Marías. Las dos, las dos tablas de Moisés. La una, la Virgen que parió en Belén y quedó pura.

Las cuatro, los cuatro evangelistas. Las tres, las tres Marías. Las dos, las dos tablas de Moisés. La una, la Virgen María que parió en Belén y quedó pura.

Las cinco, las cinco llagas. Las cuatro, los cuatro evangelistas. Las tres, las tres Marías. Las dos, las dos tablas de Moisés. La una, la Virgen María que parió en Belén y quedó pura.

Las seis, las seis candelarias. Las cinco, las cinco llagas, las cuatro...

Las siete, los siete coros. Las seis, las seis candelarias, las cinco...

Las ocho, los ocho gozos. Las siete, los siete coros, las seis...

Las nueve, los nueve meses. Las ocho, los ocho gozos, las siete...

Las diez, los diez mandamientos. Las nueve, los nueve meses,...

Las once, las once mil vírgenes. Las diez, los diez mandamientos,...

Las doce, los doce apóstoles. Las once, las once mil vírgenes,...

Y cuando terminó de decirlas, el demonio se quedó asombrado, pues no creía que fuese capaz de decirlas, y se cree que fue un ángel quien la ayudó. Entonces, dieron las doce y el demonio se quedó sin poner la última piedra del acueducto, y por eso está sin poner (65).

34. [MI ABUELA TENÍA UN GATO] (66)

Voy a contar un juego que hacía yo con mi hermano, que es el siguiente. Yo hacía muecas cuando me preguntaba mi hermano y él cuando lo hacía yo.

Mi abuelita tenía un gato con las orejas de trapo y el culito de papel, ¿quieres que te lo cuente otra vez?

Y mi hermano decía:

– ¡Calla, no hables!

Y yo contestaba:

– No me digas calla, no hables. Que mi abuelita tenía un gato con las orejitas de trapo y el culito de papel, ¿quieres que te lo cuente otra vez?

Y él decía:

– ¡Mire, madre!

Y yo contestaba:

– No digas mire, madre. Que mi abuelita tenía un gato con las orejitas de trapo y el culito de papel, ¿quieres que te lo cuente otra vez?

Y así seguíamos hasta que nos cansábamos (67).

35. EL GALLO QUIRICO QUE IBA A LA BODA DE SU TÍO FEDERICO EL CHICO (68)

Esto era un gallo que iba a la boda de su tío Federico el Chico. Iba andando por un camino, llevaba mucha hambre y se encontró con un cagajón con mucho trigo y dice:

– Si pico, me unto el pico; y si no pico, me quedo con las ganas y sigo pasando hambre.

Total, que el gallo fue y picó y, claro, se llenó el pico de mierda. Siguió andando y se encontró con una malva, y le dice:

– Malva, límpiame el pico, que voy a la boda de mi tío Federico el Chico.

Y no quiso. Siguió andando y se encontró con una oveja, y le dice:

– Oveja, come a la malva, que la malva no quiso limpiarme el pico, que voy a la boda de mi tío Federico el Chico.

Y tampoco quiso. Siguió más adelante y se encontró con un lobo. Dice:

– Lobo, come a la oveja, que la oveja no quiso pastar la malva, que la malva no quiso limpiarme el pico...

Y tampoco quiso. Fue más adelante y se encontró con un perro. Dice:

– Perro, mata al lobo, que el lobo no quiso comer la oveja, que la oveja no quiso pastar...

Y tampoco quiso. Fue más adelante y se encontró con un palo y le dice:

– Palo, pega al perro, que el perro no quiso matar al lobo, que el lobo no quiso comer...

Y tampoco quiso. Fue más adelante y se encontró con una lumbre y dice:

– Lumbre, quema al palo, que el palo no quiso pegar al perro, que el perro no quiso matar al lobo...

Y tampoco quiso. Fue más adelante y se encontró con un río y le dijo:

– Río, apaga la lumbre, que la lumbre no quiso quemar el palo, que el palo no quiso pegar al perro...

Y tampoco quiso. Fue más adelante y se encontró con un burro y le dice:

– Burro, bebe el agua, que el agua no quiso apagar la lumbre, que la lumbre no quiso...

¿Por dónde íbamos?

– Por el burro

– Pues álzale el rabo y bésale el culo (69).

36. EL GALLO QUIRICO (70)

Esta es la historia del gallo Quirico que lo invitaron a la boda de su abuelo Zarapico el Chico. Él se puso muy elegante, se montó en el caballo y marchó a la boda. Al llegar por el camino, vio una boñiga, se bajó del caballo y se puso a comer. Pero al subirse otra vez al caballo vio que tenía sucio el pico y dijo:

– ¡Ay, qué sucio tengo el pico! Voy más adelante a ver con quién me encuentro.

Y se encontró con la yerba y dijo:

– Yerba, límpiame el pico, que voy a la boda de mi abuelo Zarapico el Chico.

– No quiero.

Y el gallo siguió adelante y se encontró con la oveja y le dijo:

– Oveja, come la yerba, que la yerba no quiere limpiarme el pico que voy a la boda de mi abuelo Zarapico el Chico.

– No quiero.

Y siguió adelante y se encontró con el lobo y le dijo:

– Lobo, mata la oveja, que la oveja no quiere comer la yerba y la yerba no quiere limpiarme el pico que voy a la boda de mi abuelo Zarapico el Chico.

– No quiero.

Siguió adelante y se encontró con el perro, le dijo:

– Perro, come el lobo, que el lobo no quiere matar la oveja, que la oveja no quiere pastar la yerba, que la yerba no quiere limpiarme el pico que voy a la boda de mi abuelo Zarapico el Chico.

– No quiero.

El gallo muy disgustao se montó otra vez en el caballo y siguió adelante, y se encontró con un palo, un palo muy gordo, y dijo:

– Palo, mata al perro, que el perro no quiere matar al lobo, que el lobo no quiere matar la oveja, que la oveja no quiere pastar la yerba, que la yerba no quiere limpiarme el pico que voy a la boda de mi abuelo Zarapico el Chico.

– No quiero.

Siguió más adelante y se encontró con el fuego y le dijo:

– Fuego, quema el palo, que el palo no quiere matar al perro, que el perro no quiere matar al lobo, que el lobo no quiere comer la oveja, que la oveja no quiere comer la yerba, que la yerba no quiere limpiarme el pico, que voy a la boda de mi abuelo Zarapico el Chico.

– No quiero.

Ya montó en el caballo muy disgustado y marchó otra vez y se encontró con un arroyo, un arroyo muy grande y le dijo:

– Arroyo, apaga ese fuego, que el fuego no quiere quemar el palo, que el palo no quiere matar el perro, que el perro no quiere matar al lobo, que el lobo no quiere comer la oveja, que la oveja no quiere pastar la yerba, que la yerba no quiere limpiarme el pico que voy a la boda de mi abuelo Zarapico el Chico.

– No hace falta, gallo, que eres muy bonito y tú vas a volver ahora mismo aquí. Bebe agua, acércate a mí, bebe agua, te limpias el pico y te arreglas y te vas a la boda de tu abuelo Zarapico el Chico, que ya estás muy cerca.

Y, efectivamente, se limpió el pico y así fue a la boda de su abuelo Zarapico el Chico (71).

37. GALLO QUIRICO (72)

Esto era una vez un gallo que se llamaba Quirico, que estaba invitado a la boda de su tío Perico. Se limpió las plumas, se limpió el pico y se fue andando. En el camino se encontró con un gusano y se lo comió. Entonces se manchó el pico.

– Lechuga, lechuguita, límpiame el pico que voy a la boda de tío Perico.

– No, anda, sigue y calla. Yo no te limpio el pico.

Siguió andando y se encontró con una oveja.

– Oveja, ovejita, cómete a la lechuga que no me quiso limpiar el pico, que voy a la boda del tío Perico.

– Anda, anda, calla y sigue para delante.

Bueno, siguió para delante y se encuentra con el palo.

– Oye, palo, palito, pega a la oveja, que no se quiso comer a la lechuga, que no me quiso limpiar el pico, que voy a la boda del tío Perico.

– Anda, anda, déjame. Calla y sigue para delante.

En esto que sigue para delante y se encuentra con el fuego.

– Oye, fuego, quema al palo, que no quiso pegar a la oveja, que no quiso comerse la lechuga, que no me quiso limpiar el pico, que voy a la boda del tío Perico.

– Pero déjame en paz, déjame, anda. Cállate y sigue para delante.

En eso que se encuentra con el agua.

– Agua, agüita, apaga el fuego, que no quiso quemar el palo, que no quiso pegar a la oveja, que no quiso comer la lechuga, que no quiso limpiarme el pico, que voy a la boda del tío Perico.

– Bueno, déjame, que yo no quiero saber nada.

Sigue para adelante y se encuentra con el gusano.

– Gusano, gusanito, ¿quieres venir a la boda del tío Perico?

– Sí, claro que sí.

Va y se lo comió. Siguió más adelante y se encontró con una casa de una vieja; entra y dice:

– Anciana, ancianita, ¿me limpias el pico?

– ¿Que te limpie el pico?

– Es que m'he encontrao con el agua; el agua no quiso apagar el fuego, el fuego no quiso quemar al palo, el palo no quiso pegar a la oveja, la oveja no quiso comer la lechuga, la lechuga no quiso limpiarme el pico, que voy a la boda del tío Perico.

– Te le limpio, pero antes me tienes que decir si has visto al gusano.

– ¡Ah! Yo no lo vi. Pregúntele a otro que sea más listo.

– ¡Gusano, gusanito! ¿Dónde estás que yo no t'he visto?

– Aquí, aquí, estoy en la barriga del gallo Quirico, que me lleva a la boda de su tío Perico.

– ¿Has oído, has oído, gallo Quirico? Eres un malvado, no te quiero limpiar el pico. ¡Andrea, Andrea, ven aquí! Coge este gallo, desplúmalo y métele en la cazuela (73).

38. REFRÁN DE LA LORA Y LA MOSCA (74)

Estaba la lora sentadita en su lugar y vino la mosca sólo por hacerle mal. La mosca a la lora, lora que en su loradita está.

Estaba la mosca sentadita en su lugar, y vino la araña sólo por hacerle mal. La araña a la mosca, la mosca a la lora, lora que en su loradita está.

Estaba la araña sentadita en su lugar, y vino el ratón sólo por hacerle mal. El ratón a la araña, la araña a la mosca, la mosca a la lora, lora que en su loradita está.

Estaba el ratón sentadito en su lugar, y vino el gato sólo por hacerle mal. El gato al ratón, el ratón a la araña...

Estaba el gato sentadito en su lugar, y vino el perro sólo por hacerle mal. El perro al gato, el gato al ratón...

Estaba el perro sentadito en su lugar, y vino el palo sólo por hacerle mal. El palo al perro, el perro al gato...

Estaba el palo sentadito en su lugar, y vino la lumbre sólo por hacerle mal. La lumbre al palo, el palo al perro...

Estaba la lumbre sentadita en su lugar, y vino el agua sólo por hacerle mal. El agua a la lumbre, la lumbre al palo...

Estaba el agua sentadito en su lugar y vino el burro sólo por hacerle mal. El burro al agua, el agua a la lumbre...

– No me acuerdo adónde nos llegábamos.

– Al burro.

– Le alzas el rabo y le besas el culo (75).

39. LA VIEJA Y SUS TRES PERROS (76)

Una vieja tenía tres perros, llamados Bebevino, Comepán y Comequeso. Una vez fue a la iglesia con sus tres perros y mientras rezaba estaban allí los tres perros; pero cuando acaba de rezar, ve que le falta Bebevino. Busca y busca, pero no le encuentra y se va llorando a casa. A la mañana siguiente, va a rezar a la misma iglesia y al acabar de rezar, que Comepán también se ha perdido. Entonces va llorando al sacristán, pero no le hace caso y la vieja va llorando a casa.

– ¿Y Comequeso? ¿Sabes tú lo que pasó a Comequeso?

– Pues que se comió el queso y se acabó el cuento (77).

40. EL AMO Y EL PASTOR (78)

Un amo tenía un pastor y decía al pastor:

– ¿Cómo no te casas?

Dice:

– Si no encuentro con quién.

– Cómo que no vas a encontrar –dice–. Yo te buscaré una novia, verás, y, el día que te cases, yo pago la cama y todo. ¡Verás! –Dice– que estás enseño a dormir en el chozo, allí tú sólo, ahumao, en el corral y verás. ¡Sí, hombre, sí!

La buscó, pues fue y aceptó. ¡Hala, a casarse! Por la noche, el amo le puso la cama bien limpia, va y se mete la novia, se va a meter él y dice que él no se mete allí, que la cama es una nevera, que hace muchísimo frío. Dice el amo:

– Pero, hombre, si es que está mu limpia, ¿cómo no te vas a meter ahí, y, más, el día de la boda?

Dice:

– No, no, yo en el chozo estoy mejor; ahí hace mucho frío.

– Pero, entonces, ¿qué hacemos con esto? –dice.

– Pues métase usted si quiere.

Bueno, pues fue el amo y se metió con la novia, y el pastor se envolvió en la manta; y, claro, pues empezaron ¡pim, pam, pim, pam, hala, dale que te pego! Y dice el pastor:

– ¡Jodo, si me meto yo, mira cómo tiritan! (79).

41. [LA MUJER DE UN ZAPATERO Y EL CURA] (80)

El zapatero tenía siempre una horma así, como de cuatro dedos con un palo grande. Y entonces jodían por una hornilla, una gatera en la puerta; claro, llegaba el cura y decía:

– Tortolita, temprano sal que ya es hora.

Y se ponía ella, ¿eh? ¡chasss! Y se arrancaba. Pero ya un día el marido cabreao calienta, la pone al rojo vivo, la horma esa. Y el marido como, a ver, sabía la frase esa, dice:

– Tortolita, temprano sal que ya es hora.

Va a poner el chisme, ¡rasss! Tú verás cómo le puso el negocio. Pero luego, al rato, va el cura:

– Tortolita, temprano sal que ya es hora.

Y el marido machacando la suela, y le tira agua caliente:

– Tiene el culo quemao y no puede ahora (81).

42. [EL CURA Y LA MUJER DE UN ZAPATERO CAZADOR] (82)

Esto es la mujer de un zapatero y andaba con el cura, pero el zapatero era zapatero y cazador, y le dice a ella:

– Échame merienda que me voy a ir de caza.

Y va, le echa merienda; tenía un árbol muy grande en el corral y se sube el marido al árbol, se aprieta así p'abajo. Y, como andaba con el cura, habían jodido de todas las formas lo habían hecho ya, y dice:

– Señor cura, señor cura, ¿cómo lo vamos a hacer hoy?

Dice: – A estilo burro, hija, a estilo burro.

¡Bua!, allá va. Mea, y va el cura, huele, se pone así y de todas clases...

– Señor cura, señor cura, que ya he meao.

– Pues mira p'arriba y te cagas (83).

43. [SI ELLAS ME CALARON, ME SALVARON ELLAS]

Salió uno en este tiempo de mayo, que iba a un viaje, y salió a la ligera: pantalón, en mangas de camisa. ¡Claro! Cómo era el mes de mayo y el tiempo estaba bueno. Salió y al medio del camino se levantó un agua que lo caló hasta las médulas de los huesos. Y, entonces, ése miraba pa arriba, no con buenas intenciones:

– Luego dicen que uno se someta; pueda ser que con estas lluvias mi vida pierda.

Siguió un poco más adelante y salió un ladrón de entre las peñas; y venía el ladrón con intención de robarle, pero él aprestó con el garrote que llevaba y el ladrón huyó y tiró la escopeta en el camino, y la cogió. Dice:

– ¿Estaba cargada?

Y cuál será su sorpresa que se había mojado y no se había inflamado. Y ya miraba pa arriba y decía:

– Gloria a Dios que rige los destinos de la naturaleza; si ellas me calaron, me salvaron ellas (84).

44. LOS LABRADORES

Los labradores pedían al Señor:

– Ahora, agua.

Y les mandaba agua. Luego, después:

– Calor, calor.

Después volvían otra vez, cuando ya se secaba, decían:

– Agua, y agua.

Y así hasta que llegó ya el tiempo de la recolección, pero no se acordaron el pedir que granase. Y, cuando fueron, todo lo que había era paja (85).

45. SAN SIMPLÓN

Estaba encargado uno en el cielo para lo que pide el labrador; era un tal Simplón, San Simplón, el encargado del agua.

– Simplón, los labradores piden agua.

Y era jugador, y decía:

– Que se esperen a que la haga.

Se levantaba luego de jugar y a hacer agua, agua... Ya tanta agua les mandaba a los labradores, pues ya no querían y le decían:

– Simplón, que los labradores ya no quieren agua.

– Pues la que hay hecha hay que tirarla (86).

46. SAN PEDRO

San Pedro está encargado en el cielo para los que van de la tierra hacerles su casita. Y en una ocasión que

fue una marquesa y un chófer de la marquesa, llegaron y a San Pedro dijo Dios:

– Bueno, ahí viene la marquesa; hazles el edificio que sea.

El primero le hizo un edificio al chófer, muy bien, con ladrillo, cemento, bien preparao y claro... Después, la marquesa vio el edificio y dice:

– Cuando al chófer le han hecho este edificio, ¡cómo me le harán a mí!

Pero San Pedro le hizo un edificio a la marquesa con adobe, con tierra. La marquesa, al verlo, dice:

– Yo ahí no me meto.

Dice:

– Pues, señora, esto es lo que le he hecho aquí, este edificio, es con los materiales que ha mandao usted de la tierra (87).

47. LOS DOS MUCHACHOS

Un padre tenía dos hijos que andaban, los pobres, que no tenían qué comer, y su padre también era cazador y les dice:

– ¡Hala, callaros, no deis guerra!, que mañana mato una liebre y pringáis.

Los dos muchachos, al decir que pringaban, como andaban muertos de hambre, pues se agarraron uno del otro, el que más podía.

– ¡Que tú no pringas, tú no pringas!

Y no había matao su padre la liebre todavía (88).

48. EL CURA Y EL ALCALDE

Había una vez en un pueblo pequeño un cura muy viejo, y, para que no dijeran, les dijo a las mujeres que en vez de decir las veces que habían andao con otros hombres, que le dijeran que habían tropezao. Total, que este cura se marchó del pueblo y vino uno nuevo, joven. Y el cura no le había advertido al otro cura lo que sucedía y pasaba con eso.

Total, que se van a confesar las mujeres y va una y le dice:

– Acúsome, padre, que esta semana he tropezao dos veces.

Va otra:

– Acúsome, padre, que he tropezao tres veces.

– Acúsome, padre, que esta semana no he tropezao ninguna vez.

Total, que el cura ya se lo tomaba en serio y no sabía qué hacer, porque decía:

– Estas mujeres se van a caer, se van a partir las piernas y va a haber una desgracia en el pueblo.

Total, que va a hablar con el alcalde y le dice:

– Señor alcalde, vengo a decirle que a ver si arregla usted las calles, porque es que las mujeres no hacen más que tropezar.

– Pero, hombre, cómo van a tropezar las mujeres.

– Sí, señor; la suya, sin ir más lejos, esta semana ha tropezao cinco veces (89).

49. [EL ENVIDIOSO]

Eran dos, allí, que se llevaban a mal en el pueblo, y el uno quería presumir más que el otro, porque “si ése tiene, yo también lo tengo”. Y, pues, salieron y vinieron a la capital al restaurante.

– A ver, una sopa –pide–, una sopa pita.

– A mí, repita –saltó el otro–, repita.

– A ver, un poco pollo –dice– medio pollo.

–A mí, repollo –saltaba el otro– pa que veas que soy más que él.

Conque llegan al postre y dice:

– A mí deme un flan.

–A mí, refranes (90).

50. EL CURA LISTO

Hablando sobre quién son los más listos, dice:

– Los curas, los curas. Sobre todo el de mi pueblo; es más listo que la policía –dice–. Sin verlo, acierta quién ha sido el que ha robao.

Dice:

– ¿Por qué lo dice?

Dice:

– Es que tiene un huerto y lo tiene sembrao de cebollas, y todos los días baja al huerto y todos los días le faltan cebollas. Se conoce que se las roban por las noches. –Dice– un día en misa, después de eso –dice– se explicó a los feligreses: que todos los días le faltaban cebollas del huerto y había confesao a tol pueblo y que nadie había sido.

Y, claro, el domingo ese se subió al púlpito a contarlo y dice:

– Si yo ya sé quién es; revaños ahí todos que yo ya sé quién es –dice–. Y dos pecaos: uno porque ha confesao y dice que no ha sido; y el otro porque ha sido, y como le estoy viendo, ¡le estoy viendo!

Y había subido una cebolla al púlpito, cogió la cebolla y dice:

– Desde aquí le estoy viendo que le voy a pegar un cebollazo...

Y uno se agachó la cabeza.

– Mire cómo sé yo quién había sido (91).

51. LOS CINCO AMIGOS

Eran cinco amigos que les gustaba ir a misa los domingos, y eso, y luego tomar unos vasos. Y uno de ellos no iba a misa, no le gustaba, y entre los otros cuatro dicen:

– Cagüen, no va a misa. Y, encima, amigo nuestro –dicen–. Le vamos a decir que no venga con nosotros, que ya no es amigo nuestro.

Conque, bueno, se lo dijeron, y al domingo siguiente, cogió y se fue a misa. Pero unos iban a una iglesia, otros a otra, y eso, y al regreso el domingo que fueron al mismo bar, donde se encuentran todos los domingos pa tomar los vasos. Y al presentarse, dice:

– ¡Hombre! ¿Cómo vienes? ¿No te hemos dicho que si no ibas a misa no eras amigo nuestro ya?

Dice:

– ¡Coño! Vengo de misa yo.

– ¡Vamos anda!

Nunca había ido a misa y le dice uno:

– Mira, a ver lo que has visto y lo que...

– ¡Eso, a ver si es verdad que ha ido!

– Pues, sí. ¿Qué es lo que has visto?

– Pues na, yo he entrao allí, he enseño los dedos en una encina, y me hacían así. Bueno, y luego, na, allí mirando, mirando así como miraban todos. Y al poco tiempo, al poco tiempo, salió un cura muy pequeñito, luego uno muy alto con un sombrero y otro más pequeño, igual que el primero. Bueno, llegaron allí, encima un mostrador, llegó se quitó el sombrero, le puso a un lao y empezó a decir a los... “¿Has visto el sombrero? ¿Has visto el sombrero? ¿Has visto el sombrero? ¿Has visto el sombrero?”. Y los más pequeños decían: “Yo no he visto el sombrero, no he visto el sombrero, no he visto el sombrero”. Pues nada, que na más hizo que quitarse y desapareció el sombrero. Así pasó un rato, un libro, venga estudiar allí y mirar debajo del libro, a ver si había puesto el sombrero y que el sombrero no aparecía. Le cambiaron el libro al otro lao y venga eso, y no sé qué decían, que el sombrero, que no aparecía. Conque al final, llegaron los pequeños, cogieron unas chismas y empezaron: “¡glu, glu, glu!”. Todos de rodillas a buscar el sombrero, todos a buscar el sombrero, toda la iglesia, pero que el sombrero no aparecía. Y allá otro rato, otro rato, ya cuando eso se volvió así: “Señores, el sombrero no apa-

rece”. Salieron los pequeños con una bandeja y hemos tenido que pagar el sombrero a escote (92).

52. EL VECINO DEL CURA (93)

Esto era una historia que pasó en Renedo, que llegó un señor, no tenía qué comer, estaba trabajando y resulta que cuando llegó a casa, le dijo a la mujer, dice:

– Mira, sabes lo que vamos a hacer pa qu’el cura me dé de cenar esta noche, pues, cuando quite la albarda a la burra, me lío a darla palos en la albarda y tú empiezas: “sinvergüenza, canalla, qué quieres que te dé de comer si no me das dinero”.

Y al oírlo el cura, el jaleo, pasó a su casa.

– ¿Qué pasa, hombre, qué pasa?

Dice:

– Pues que ya ve usted, padre, que éste quiere que le dé de comer y no tenemos dinero.

Y dice:

– Venga, venga, venga. Ven conmigo, ven conmigo.

Y cuando entró pa la cocina, la dijo al ama, dice:

– Oye –dice– mira, traigo a éste a cenar aquí a casa. –Y dice– pero a mí me echas la carne y a él le pones las patatas.

Y dice:

– Bueno.

Conque ya llega y dice:

– Venga, ale, vamos a cenar.

Y dice el hombre:

– Yo creo que es que la había retorcido el pescuezo.

Y cogió el plato y cambió el de la carne pa él y el de las patatas pa el cura. Y salta el cura y dice:

– ¡Ay, amigo! El mundo le han hecho así y así hay que dejarle (94).

53. [EL PADRE Y EL HIJO]

Una vez estaba un padre y un hijo, y iban a ver una corrida de toros. Y sale el primer toro y se queda el chico mirando al bicho, dice:

– ¡Mire, padre! –Dice– se parece a usted.

Y al chico le dice:

– Cállate, hijo, cállate.

No sea que le oiga el espectador que está detrás d’e-llos. Bueno, torea aquél, le matan, sale otro y dice:

– ¡Padre! –Dice– y éste también se parece a usted.

– Que te he dicho que te calles, que nos va a oír el señor éste.

Bueno sale el tercero, se queda mirándole y no dice nada. Pero sí que lo había oído el de detrás y dice:

– Oye, chiquito, y ése ¿y ése a quién se parece?

Vuelve la cabeza el chico y dice, sí, dice:

– En los cojones a mi padre y en los cuernos a usted (95).

54. EN LA BODA

Esto era uno que se metió de gorra a una boda, que no le habían convidado. Se sentó en medio la mesa, el primero. Y fueron llegando los invitaos y le iban diciendo:

– Oye, córrete un poco p’allá, córrete p’allá.

Y cada vez estaba más hacia fuera, a la puerta de la calle.

Le decían:

– Haz sitio, muévete.

Y le iban echando. Coge, se sale a mitad la calle y empieza a vocear:

– ¡Estoy bien aquí, estoy bien aquí ya! (96).

55. REFRÁN DE DILÍN, DILÍN

*Dilín, dilín, dilín,
que tocan a San Martín.
San Martín está a la puerta,
con la capillita puesta
aguardando a los niños del perdón
para que digan la oración;
la oración del pelegrino
cuando Jesucristo vino.
Jesucristo está en el altar,
por los pies le corre sangre,
por las manos otro tal.
Tente, tente, Madalena,
no me llegues a limpiar,
que éstas son las cinco llagas
que me quedan que pasar.
A los chicos, rebojitos,
a los grandes, rebanadas,
y a los moros, cuchilladas,
que lo vayan a ganar
allí en tierra de Granada,
que allí se cría buen pan
y también buena cebada (97).*

56. VIDAL

Era un señor que se llamaba Vidal. Este pobre hombre pues era tan pobre que no solía matar el cerdo, no te-

nía dinero y no criaba cerdo. Entonces, claro, en la época de las matanzas, se acercaba a pedirles a ver si le daban una morcillita y bueno, pues había gente que le daba una morcilla, había otros que se la negaban. Entonces, un año, ya él pudo matar el cerdo y era un hombre agradecido, pero, bueno, también justo, y puso un palo largo lleno de morcillas, se le puso al hombro y iba recorriendo las puertas del pueblo, todas las casas, y llamaba y le contestaban, dice:

– ¿Diste morcilla a Vidal?

Y le contestaban:

– ¡No!

– Pues, adelante con el varal.

Y, nada, seguía. Iba a otra puerta:

– ¿Diste morcilla a Vidal?

Pues si decían que sí, que sí que le habían dao, dice:

– Pues coge del varal.

Y, entonces, se cogían una morcilla. Y así iba recom-
pensando a la gente que le había dao, y a la que no le había dao, pues la dejaba sin nada (98).

57. AFICIONADOS AL VINO

Iban dos mendigos, padre y hijo, que gustaban más del vino que de otra cosa, y en el camino se encuentran un duro. Inmediatamente el padre lo recogió, diciendo:

– Hijo, compraremos cuatro cincuenta de vino y dos reales para pan.

Y el hijo respondió:

– ¡Hala! ¿Vas a poner una panadería? (99).

58. [CADA UNA BAILA SEGÚN SE APAÑA]

En una casa de un pueblo había una joven sirviendo, y, en la matanza, hicieron las morcillas. Como a ella la gustaban mucho, pensó cogerse un par de ellas para llevárselas a su casa, y, para que el ama no notara que se las llevaba, se las metió entre los sobacos. La astuta de la señora se percibió (sic) de la falta de las morcillas y, no queriéndola descubrir ella, pensó en que se descubriera por sí sola.

La señora empezó a bailar delante de la criada levantando los brazos para que ella hiciera lo mismo, y cantaba:

– *Así baila la picarona, la picarona,
la de Pamplona, la de Pamplona.*

Y la criada con los brazos caídos, sujetando bien las morcillas, bailaba diciendo:

– *Ay, señora ama, ay señora ama,
cada una baila como se apaña* (100).

59. [LAS LAVANDERAS Y EL BURRO]

Antiguamente no había agua y se iban, las mujeres, a lavar al río, al río iban a lavar eso. Y iba un señor que tenía una finca allí pequeña. Llevaba un burro, ¡aaah! ¡aah!, así (gestos de que tenía un gran pene) y una de ellas dice:

– ¡Fíjate, fíjate! –dice– ¡vaya sombrero que tiene!

– Tú ¿te atreverías con ella? –dice.

– Yo sin sombrero, sí, pero con sombrero, no.

Y la otra dice:

– Pues yo con sombrero y todo (101).

60. [LO JUSTO]

Pues un señor de un pueblo se fue a Madrid, tenía que comprar unas cosas allí, y, pues, según estaba paseándose por Madrid, le dieron ganas y no sabía donde ponerse, sí aquí, allí. En fin, tenía una bolsa y en una esquina, en un rincón que no le veía nadie pues lo hizo en la bolsa, lo ató, y, ya, por Madrid paseando con la bolsa. Y llega a un sitio, y había unos charlatanes vendiendo básculas de pesar.

– Venga, esta báscula es muy exacta y pesa el kilo justo, justo. Mira, este señor lleva aquí una bolsa. Verán ustedes cómo pesa el kilo y le voy a pesar.

Y, claro, faltaba unos doscientos gramos, así que cogieron:

– Esta, esta bolsa no vale pa nada.

La tiró p' acá y ¡hala!, to la mierda a tol mundo. Le cogieron, le dieron una paliza de muerte. El pobre hombre se marchó otra vez al pueblo y, en el pueblo, todos le preguntaban:

– ¿Qué tal? ¿Qué tal en Madrid? ¿Qué tal?

– ¡Huy! Allí –dice– mira, como no cagues un kilo, te dan una paliza de miedo (102).

61. LAS MERIENDAS

Era un pueblo, los hombres como hacían meriendas, estaban en un bar merendando y comían buenos cachos de queso, pan y jamón, y de chorizo, en fin, de todo. Y la madre, la mujer de uno de ellos, le dice al chico:

– Hala, vete donde está tu padre en el bar y te pones allí detrás y, si tiran comida, pues lo coges y lo traes para merendar nosotros.

Y fue el niño, pero, claro, no tiraban nada. Y fue a casa otra vez el niño y le dice su madre:

– ¿Y qué, qué pasaba?

Y dice:

– ¡Huy, madre! –dice– ¡hay que ver los pedazos que tiraban!

– Pues haber cogido uno, hijo.

– Pero eran de pedos, madre, eran de pedos (103).

62. LA MUJER DEL PRÓJIMO

Pues esto era una vez, entonces, ya ves, que nos íbamos a confesar una vez al año, pero había que confesarse. Pues esto... va a confesarse:

– ¡Ave María Purísima!

– Pues sin pecado concebida –le contesta el señor cura. Conque, vamos a ver: ¿de qué acusas?

– Pues mire usted, robar, así, no es que robe. ¡Chucherías de na! Eso no quiere decir na, un melón, una sandía...

– Eso nada.

– Y a misa –dice– también faltó algunos domingos...

– ¿Y contra la mujer del prójimo? –dice el señor cura.

Dice:

– ¡Anda! Alguna vez que otra.

– Pero, hombre, eso es un pecao y ni se te ocurra, porque tal, porque esto, que lo otro. ¡Hombre, por Dios!

Bueno, pues ya le echa la penitencia.

– Y no vuelvas –dice– ¿Cómo te apañas?

Dice:

– Mire usted. Llego a casa de fulana y pego tres veces y si a las tres veces no ha salido, es que no está su marido, pero si sale, yo escapo.

Bueno, conque pasa un día, pasan dos, pasan tres, pasan cuatro y nada. Conque va y dice:

– A este tío le dan por culo, al señor cura –dice–. Yo marchó otra vez p'allí.

Conque va, ¡pum, pum! al balcón. Nada. ¡Pum, pum!, tampoco. Dice:

– Dos. Voy a ver ahora a las tres.

¡Pum, pum! y sale el señor cura a la solana; y dice:

– ¡Ah, me cago en Dios! Si no te hubiera enseñao a ladrar, no me habías enseñao ahora los dientes (104).

NOTAS

(1) CAMARENA–CHEVALIER: *Maravillosos*, 301 B: El forta-chón y sus compañeros. Cf. A. M. Espinosa, *Cuentos populares es-pañoles*, II, pp. 498–504, según el cual, en esta versión falta el episodio final F.

(2) Grabado a Asunción Martín, de 84 años, en La Alberca (Salamanca), en mayo de 1987.

(3) CAMARENA–CHEVALIER: *Maravillosos*, 301 B: El forta-chón y sus compañeros. Cf. A. M. Espinosa, *Op. cit.*; en esta versión falta el episodio inicial sobre el origen del héroe.

(4) Grabado a Mauricia González, de 76 años, de El Barraco (Ávila), en mayo de 1987.

(5) CAMARENA–CHEVALIER: *Maravillosos*, 311 B: El zurrón cantor.

(6) Grabado a Mari Cruz de Benito, de 45 años, en Vilorio del Henar (Valladolid), abril de 1987.

(7) CAMARENA–CHEVALIER: *Maravillosos*, 313 A: La muchacha como ayudante en la fuga del héroe. Cf. A. M. Espinosa, *Op. cit.*, pp. 470–482.

(8) Véase la nota (4).

(9) CAMARENA–CHEVALIER: *Maravillosos*, 366: La asadura del muerto. Los autores señalan que este cuento, entre otros, no es propiamente maravilloso, si bien han mantenido la numeración de Aarne–Thompson.

(10) Grabado en Perales de Abajo (Salamanca) a Pilar Aparicio, de 47 años, en mayo de 1987.

(11) CAMARENA–CHEVALIER: *Cuentos–novela*, 921: Las respuestas desconcertantes del muchacho. Esta versión está relacionada con los subtipos 921 I y 921 K, en los que se da el mismo motivo: “Chasqueando a los maliciosos con respuestas agudas”.

(12) Grabado en Valladolid, en mayo de 1995, a Estrocofio Gutiérrez, nacido en 1925 en Traspinedo (Valladolid).

(13) CAMARENA–CHEVALIER: *Cuentos–novela*, 921 L: El pícaro insulta a la reina disimuladamente: “Su majestad es-coja”.

(14) Grabado en Montemayor de Pililla (Valladolid), a Cristina, de 51 años, en mayo de 1995.

(15) Véase la nota (13).

(16) Grabado a Clemen Basulto, de 74 años, en Montemayor de Pililla (Valladolid), mayo de 1995.

(17) CAMARENA–CHEVALIER: *Cuentos–novela*, 922: Pastor que sustituye al abad responde a las preguntas del rey.

(18) Grabado en Castrillo de la Vega (Burgos) a Isidoro Criado, de 89 años, en septiembre de 1986.

(19) Véase la nota (17), si bien esta versión no encaja en ninguno de los subtipos.

(20) Véase la nota (12).

(21) Aarne–Thompson 1297: Se tiran al río por su compañero.

(22) Grabado en Bolaños de Campos (Valladolid) a Purificación García, de 77 años, en abril de 1986.

(23) Aarne–Thompson 1341 A: El tonto y los ladrones.

(24) Véase la nota (22).

(25) Aarne–Thompson 1347: Prefieren el crucifijo vivo (?).

(26) Grabado en Valladolid a Manuel, de 70 años, si bien es natural de Zamora, en abril de 1995.

(27) Aarne–Thompson 1355: La adúltera dice a su amante: Puedo ver el mundo entero.

- (28) Grabado a Ángel San José, de 68 años, en Renedo de Esqueva (Valladolid), en abril de 1995.
- (29) Aarne-Thompson 1365 D: ¿Quién va a comer el tercer huevo?, y 1365 F: La esposa sepultada.
- (30) Grabado en Fuentes de Nava (Palencia) a Esperanza Tazo, de 71 años, en mayo de 1986.
- (31) Aarne-Thompson 1380: La esposa infiel.
- (32) Grabado a Victoriano García, de 43 años, en Aldehuela de la Bóveda (Salamanca), en mayo de 1987.
- (33) Aarne-Thompson 1416: El ratón en el jarro de plata.
- (34) Grabado en Castroverde de Campos (Valladolid) a Demetrio Alonso, de 61 años, en mayo de 1987.
- (35) Aarne-Thompson 1476: El rezo por un esposo.
- (36) Véase la nota (6).
- (37) Aarne-Thompson 1526 A: La cena ganada por un truco.
- (38) Véase la nota (6).
- (39) Aarne-Thompson 1526 A: La cena ganada por un truco.
- (40) Véase la nota (22).
- (41) Aarne-Thompson 1539: La inteligencia y la credulidad.
- (42) Grabado en Tordehumos (Valladolid) a Guillermo, de 76 años, en abril de 1986.
- (43) Aarne-Thompson 1548: La sopa de piedras.
- (44) Véase la nota (10).
- (45) Aarne-Thompson 1562 A: Se quema el granero; y 1940: Los nombres extraordinarios.
- (46) Grabado a Francisco Merillas, de 40 años, en Villabrázaro (Zamora), abril de 1986.
- (47) Aarne-Thompson 1567: El sirviente hambriento le reprocha al amo tacaño.
- (48) Grabado en Castrillo de la Vega (Burgos) a Pilar Criado, de 74 años, en junio de 1998.
- (49) Aarne-Thompson 1641: El doctor sabelotodo.
- (50) Véase la nota (42).
- (51) Aarne-Thompson 1807 A: El dueño se ha negado a aceptarlo.
- (52) Véase la nota (42).
- (53) Aarne-Thompson 1824: El sermón de parodia; 1825 B: Predico la palabra de Dios.
- (54) Grabado a Dionisio Conde de Cabo, de 74 años, en Pitiegua (Salamanca), en mayo de 1987.
- (55) Véase la nota anterior.
- (56) Aarne-Thompson 1829: Una persona viva actúa como la imagen de un santo.
- (57) Grabado en Valladolid a Ezequiel Gómez, de 72 años, en mayo de 1995.
- (58) Aarne-Thompson 1940: Los nombres extraordinarios.
- (59) Grabado a Amparo Mayo, de 42 años, en Villabrázaro (Zamora), en abril de 1986.
- (60) Véase la nota (58).
- (61) Véase la nota (59).
- (62) Véase la nota (58).
- (63) Cf. nota (59).
- (64) Aarne-Thompson 2010: *Las doce palabritas*. Camarena-Chevalier, *Religiosos*, 810: El puente del diablo (puente de Segovia); 812: El acertijo del diablo. Las doce Palabras dichas y retorneadas. Cf. Espinosa, *Cuentos populares españoles*, II, pp. 111-143.
- (65) Grabado en Valledado (Segovia), a María Luisa Vicente, de 49 años, en mayo de 1995.
- (66) Aarne-Thompson 2013: Había una mujer...; ¿lo vuelvo a contar?; 2320: Rondas, cuentos que empiezan y se repiten.
- (67) Contado por Juliana del Pozo, nacida en 1934 en Berceo (Valladolid).
- (68) Aarne-Thompson 2030 B: El cuervo debe lavarse el pico para comer con los otros pájaros; 2200: Los cuentos con trampa.
- (69) Grabado a Victoriano García, de 43 años, en Aldehuela de la Bóveda (Salamanca), en mayo de 1987.
- (70) Aarne-Thompson 2030 B: El cuervo debe lavarse el pico para comer con los otros pájaros.
- (71) Grabado a Anita Torres, de 78 años, en Perales de Abajo (Salamanca), en abril de 1987.
- (72) Véase la nota (70).
- (73) Grabado a Julia Alonso Navas, de 44 años, en Carpio del Campo (Valladolid), en abril de 1987.
- (74) Aarne-Thompson 2200: Los cuentos con trampa.
- (75) Grabado a Encarnación Velasco, de 70 años, en Casasola (Valladolid).
- (76) Aarne-Thompson 2280: Los perros de la vieja huyen uno por uno y la dejan sola.
- (77) Véase la nota (34).
- (78) Sin catalogar. Cf. Camarena, *Cuentos tradicionales de Leóns*, nº 197: "El pastor cree que las sábanas son de nieve"; Rubio Marcos *et al.*, *Cuentos burgaleses de tradición oral*, nº 79 y 80: "El pastor tonto que no sabe acostarse con su esposa".
- (79) Véase la nota (18).
- (80) Sin catalogar. Cf. Díaz-Chevalier, nº 32.
- (81) Véase la nota (26).
- (82) Sin catalogar. Cf. Lorenzo Vélez, nº 94.
- (83) Véase la nota (26).

(84) Grabado a Buenaventura Fernández Villoria, de 94 años, en Perales de la Laguna (Salamanca), en mayo de 1987.

(85) Véase la nota (84).

(86) Véase la nota (84).

(87) Véase la nota (84).

(88) Véase la nota (84).

(89) Véase la nota (32).

(90) Grabado en Valladolid a Félix, de 72 años, pero natural de Zamora. Mayo de 1995.

(91) Véase la nota (90).

(92) Véase la nota (90).

(93) Cf. PUERTO: *Sierra de Francia*, nº 97, y LLANO: *Asturianos*, nº 64.

(94) Véase la nota (28).

(95) Véase la nota (12).

(96) Grabado en Castrillo de la Vega a Arturo Martín Ortega, de 73 años, en julio de 1990.

(97) Véase la nota (54).

(98) Grabado a Araceli Alonso Gómez, en Hacinas (Burgos), de 58 años, en mayo de 1987.

(99) Grabado en Fuentes de Nava a Eulogio, de 67 años, en mayo de 1986.

(100) Véase la nota (6).

(101) Véase la nota (26).

(102) Véase la nota (16).

(103) Véase la nota (16).

(104) Véase la nota (12).

BIBLIOGRAFÍA

AARNE, A. y THOMPSON, S. (1995): *Los tipos del cuento folklórico. Una clasificación*, traducción de F. Peñalosa, Helsinki, Suomalainen Tiedeakatemia, Academia Scientiarum Fennica.

AGÚNDEZ GARCÍA, J. L. (1999): *Cuentos populares vallisoletanos (en la tradición oral y en la literatura)*, Valladolid, Castilla.

ASENSIO GARCÍA, J. (2002): *Cuentos riojanos de tradición oral*, Logroño, Gobierno de La Rioja.

CAMARENA, J. (1991): *Cuentos tradicionales de León*, Madrid, Diputación de León y Universidad Complutense.

CAMARENA, J. y CHEVALIER, M. (1995): *Catálogo tipológico del cuento folklórico español. Cuentos maravillosos*, Madrid, Gredos.

(1997), *Cuentos de animales*, Madrid, Gredos.

(2003), *Cuentos religiosos*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.

(2003), *Cuentos-novela*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.

CORTÉS, L. (1979): *Cuentos populares salmantinos*, Salamanca, Cervantes, 2 vols.

(1981), *Leyendas, cuentos y romances de Sanabria*, Salamanca, Cervantes.

DÍAZ, J. (1987): "Cuentos tradicionales en Valladolid", *Cuadernos Vallisoletanos*, XXXI.

(1988), *Cuentos en castellano*, Madrid, E. de la Torre.

DÍAZ, J. y CHEVALIER, M. (1983): *Cuentos castellanos de tradición oral*, Valladolid, Ámbito.

ESPINOSA, A. M. (1946–1947): *Cuentos populares españoles*, Madrid, CSIC, 3 vols.

ESPINOSA, A. M. (1987–1988): *Cuentos populares de Castilla y León*, Madrid, CSIC, 2 vols.

LLANO ROZA DE AMPUDIA, A. de (1925): *Cuentos asturianos recogidos de la tradición oral*, Madrid, Centro de Estudios Históricos.

LORENZO VÉLEZ, A. (1997): *Cuentos anticlericales de tradición oral*, Valladolid, Ámbito.

PUERTO, J. L. (1995): *Cuentos de tradición oral en la Sierra de Francia*, Salamanca, Caja de Salamanca y Soria.

ROBE, S. L. (1973): *Index of Mexican Folktales*, Berkeley, University of California Press.

RUBIO MARCOS, E., PEDROSA, J. M. y PALACIOS, C. J. (2002): *Cuentos burgaleses de tradición oral*, Burgos.



LA MONTERA DE PELO EN LA INDUMENTARIA TRADICIONAL MADRILEÑA (S. XIX)

José Manuel Fraile Gil

*A Paloma Palacios,
buena amiga e infatigable lectora.*

Desde que el hombre se irguió sobre sus patas traseras, dejando a la vista y desguarnecida su vida privada, debió de usar para cubrirse las pieles que los animales sacrificados le ofrecían. Desde aquel alborear de la civilización hasta bien entrado el Siglo XX siguieron los pastores de la Sierra Norte Madrileña confeccionando su atavío externo a partir de los pellejos que *estezaban* ellos mismos. Y así un curioso vestuario, respunteado de galanuras y sobrepuestos, se fue desplegando en calzonas y chalecos abiertos por un costado e incluso preciosos delantales que las pastoras presumían ante la envidia de las hortelanas; también se fabricaron de suave *estezao* los pequeños zapatitos con que los retoños pastoriles daban sus primeros pasos. Muchos de aquellos ganaderos se tocaron con el gran sombrero de rueda, cercado con terciopelo negro, que llegó a ser el distintivo serrano en las ferias y mercados que celebraba la Corte; pero otros eligieron la montera de pelo –que no de lana– para cubrirse; y a esta prenda de origen remoto vamos a dedicar los párrafos que siguen.

Covarrubias en 1611 describía la montera como: “Cobertura de cabeza de que usan los monteros, y a su imitación los demás de la ciudad” (1); y para él eran monteros los cazadores de “salvajina”, o animales que viven su libertad en el monte. En toda la novela del Siglo XVII y en todos los sainetes del XVIII se alude constantemente a la montera como atributo del *payo* –antepasado del *paleta* que surgirá hacia 1850– cada vez que alguno de ellos entra en la liza de la escena. Pero voy a referirme neste breve opúsculo a la centuria decimonónica para cuyo estudio dispongo de un buen manojo de citas e incluso de la fotografía que, a mediados de aquel siglo, vino a levantar acta notarial de la vida cotidiana.

Durante el Siglo XIX la montera fue una de las prendas que diferenció a la clase trabajadora de aquella otra ociosa que holgaba en fiestas y saraos con el sombrero de copa al que los trabajadores denominaban con sorna *la chimenea*. La montera fue siempre de pelo o paño, aunque las hubo también de fino terciopelo, como la usada por los murcianos; otras adornaron sus vueltas y remates con

ricas sedas y requilorios de colores que ponían en la soberbia cabeza de los campesinos su gallardo pináculo a modo de cresta. Y así los asturianos pasearon la *picona* por las calles de la Corte –merced a su oficio de aguadores– y en la Virgen del Puerto la llevarían adornada con claveles como harían cuando andaban por los *caletsos* y *seves* del Principado; los alistanos de Zamora ponían ricas vueltas de *manfore* en las vistas de su montera; y los gallegos remataban sus *monteiras* con borlitas de colores. Tanto se usó la montera, que incluso las mujeres la llevaron con tal gallardía que asombra verlas, adustas y serenas, en los viejos retratos que Laurent hizo a las segovianas en 1878, o en el grabado aparecido en *La mujer española y americana*, que muestra a una panadera del palentino Grijota. Sabemos que las vaqueiras de Asturias y León, e incluso las madrileñas de Fuencarral, se enmonteraban también para aviarse; pero fueron las segovianas quienes más la presumieron flanqueando aquel tocado con doce gruesos botones de plata que llamaban *apóstoles*, y hoy ofende ver cómo en alguna publicación –que manosea, más que estudia, la indumentaria tradicional segoviana– tratan de “gorro mitra” a la que por sí sola canta el nombre de montera.

La prenda que hoy nos ocupa es la montera *de fuele*, *gorra* o *cachucha*, que se fabricaba con dos piezas redondas de piel cosidas de medio arriba a otra más pequeña que, doblada, permitía a esta bolsa abrirse para introducir en ella la cabeza. Las dos piezas laterales podían permanecer caídas, cubriendo así las orejas y carrillos, protegiendo además del frío con el suave roce del pelo; pero normalmente se plegaban hacia arriba, dejando ver en las sienes el pelo de aquella piel que se procuraba fuera de bonito color o de algún animal más o menos exótico. Las noticias que apporto en este pequeño opúsculo se refieren a *los madriles* del Siglo XIX, y aún llegan hasta las primeras décadas del XX. Los extraordinarios costumbristas decimonónicos nos dejaron un puñado de noticias tan abundante y enjundioso que a través de ellas bien podemos reconstruir esta prenda, saber de su uso, y conocer quiénes y cuándo se tocaron con ella. Aunque saldrán a nuestro encuentro las plumas de Baroja o Solana, tendremos por guía a don Benito Pérez Galdós, que vio la luz en Canarias (2) pero entendió el espíritu madrileño como pocos han sabido hacerlo. Huyendo siempre de chulaperías teatra-

les, de falsos tonillos y de lugares comunes, que tanto daño han hecho y siguen haciendo a la digna cultura tradicional de esta ciudad y sus alrededores, don Benito descendió a los barrios bajos para pintarnos los colores que rabiaban en la ropa de los madrileños, para comentar el gracejo que adornaba su lenguaje, y sobretodo para darnos firme y comprometido testimonio de la miseria que atenazaba a las familias que vivían de El Progreso (hoy Tirso de Molina) hacia el río; pues como decía el adagio: *Del Progreso para abajo, cada uno a su trabajo* (3).

Merced a Galdós sabemos que la montera de pelo era en el Siglo XIX madrileño patrimonio no sólo de los campesinos sino también de otras clases menestralas tales como taberneros y ciegos ambulantes. Cuando el señor Villaamil, protagonis-

ta de su novela *Miau* (1882), preso de una locura momentánea, visita un ventorrillo cercano a la Montaña del Príncipe Pío (hoy Estación del Norte) comenta para su colete: “[...] y qué persona tan simpática es el tabernero, y qué bien le sientan los manguitos verdes, los zapatos de alfombra y la gorra de piel” (4). De los ciegos cantores, tocados con nuestra montera y paseantes en Corte con la guitarra a la espalda y las coplas bajo el brazo, nos da Galdós dos retratos de buena factura. El primero está en *Fortunata y Jacinta*, novela ambientada en el Madrid de 1850, donde nos ofrece la imagen de un ciego acompañado por un lazarillo que canta las coplas improvisadas por él en una corrala o casa de vecindad en la calle Mira el Río, en pleno Rastro madrileño: “[...] Junto al niño cantor había otro ciego viejo y curtido, la cara como un corcho, montera de pelo encasquetada y el cuerpo envuelto en capa parda con más remiendos que tela” (5). La segunda pintura está en *Nazarín* (1895), protagonista que nos proporcionará en yuso algún dato más sobre esta gorra de piel. Nada más comenzar el relato describe Galdós con singular maestría El Parador de la tía Chanfaina, que ubica el canario en la calle de las Amazonas (una de las que conformaban el mercado de El Rastro), y comenta: “Vimos luego dos ciegos palpando paredes. El uno gordiflón y rollizo, con parda montera de piel, capa con flecos y guitarra terciada a la espalda; el otro, con un violín que no tenía más que dos cuerdas, bufanda y gorra teresiana sin galones. Uniéronseles una niña descalza que abrazaba una pandereta, y salieron, deteniéndose en el portal para beber la indispensable copa” (6). Ya en el Siglo XX la acerba pluma de Solana nos pinta la imagen de otro coplero invidente tocado con la de pelo: “[...] A un murallón y por fondo el arco de la Puerta de Toledo, bajo el cual se ve la llanura de Castilla, ante un grupo de gente canta y toca la guitarra un ciego. Cuelga de su brazo un bastón sujeto con una cuerda, el puño es de forma de porra, lleno de clavos. Este hombre alto y huesoso, de piernas largas, cubre la cabeza con una gorra de pelo y cuero. Tiene la cara marcada por surcos verdes, como el cardenillo de los granos de pólvora de una granada que cayó cerca de él en la Guerra de África, dejándole ciego. Su barba negra parece la de una momia en su rostro azulado, cae enmarañada, destacando dura del blanco de la camisa. Su mujer es cojitranca y muy morena, tiene puesta una toquilla blanca como las criadas madrileñas y reparte unos papeles con la historia de *La ladrona de niños* y la de una joven que apareció violada y estrangulada con una piedra en la boca” (7).

Queda claro que las monteras, ya fuesen de pelo o de paño, fueron uno de los tocados que usaron por entonces los hombres de la clase trabajadora, y el novelista canario, con su genial perspicacia y capacidad de análisis, comenta el gusto de los humildes por los colores vivos y las formas particula-



Fig.1: Cuando el Barón Davillier visitó España en 1862, lo hizo acompañado del extraordinario dibujante Gustave Doré, quien —dentro de una magnífica carpeta de tipos populares— nos dejó esta imagen de unos madrileños tocados con la montera de pelo.



Fig.2: La calle Toledo fue en Madrid desde el Siglo de Oro lugar de arribo para labradores y serranos, que allí vendían –y en el vecino mercado de la Cebada– sus mercancías y productos. En aquella rúa sorprendió el fotógrafo a fines del Siglo XIX a este lugareño que, con calzón corto y montera de pelo, observa el género que en el suelo ofrece una verdulera.

res al describir el ambiente en la calle de Toledo y la Cava Baja de San Francisco hacia 1843: “[...] Veíanse por allí, con todo, sombreros de copa, que según doña Leandra no debían de usarse más que en los funerales; escasas levitas y poca ropa negra, como no fuese la de los señores curas. Abundaban en cambio los sombreros bajos y redondos, los calañeses, las monteras de variadas formas y los colorines en fajas, medias y refajos. Y en vez de el castellano relamido y desazonado que en el centro hablaban los señores, oíanse los tonos vigorosos de la lengua madre, caliente, vibrante y fiera, con las inflexiones más robustas” (8).

Cuando el viejo amigo Nazarín decide emprender su camino evangelizador, abandona la tienda de *Los peludos* –el matrimonio anciano que regentaba un negocio como arca de Noé, para quienes trabajó durante un tiempo nuestro protagonista–, cambia su atuendo y solicita, entre otras prendas usadas:

“[...] ¿tiene una gorra de pelo?

– Monteras nuevas verá en la tienda.

– No, no, no, la quiero vieja.

– También las hay usadas, hombre –indicó la peluda–. Acuérdate, la que puesta traías cuando viniste de tu tierra a casarte conmigo; pues de ello no hace más que cuarenta y cinco años.

– Esa montera quiero yo, la vieja.

– Pues será para usted. Pero le vendrá mejor estotra de pelo de conejo que yo usaba cuando iba de zaquero a Trujillo.

– Venga [...]” (9).

Sabemos pues que las monteras se expendían en aquellas tiendas que eran auténticos mundos por lo variopinto de su mercancía; pero incluso debieron venderse también ya hechas en ciertos establecimientos de los grandes pueblos madrileños que eran ya por entonces Cabezas de partido, y en donde recalaban los campesinos de la comarca para adquirir estas prendas cuando no las fabricaban ellos mismos. En la segunda parte de la novela anterior, titulada *Halma* (1895), mandan pedir a Colmenar Viejo el nuevo atavío con el que José María verá transformada su estampa urbana en la de un paleta madrileño: “[...] Esta noche, en la nota de los encargos que ha de traer de Colmenar el tío Valentín pondremos: un chaquetón de paño pardo para ti, unos zapatos gruesos, de lo más grueso que haya, una faja, una montera [...]” (10).

Ni qué decir tiene que la montera de pelo fue usada por los campesinos en toda tierra de garbanzos; y que Madrid, por estar ubicada como charnela de ambas Castillas, tuvo influencias de las que hoy son Comunidades. En la vecina Guadalajara sitúa don Benito la acción guerrillera de uno de sus episodios, y al dibujar la indumentaria que cubre a un cura que se alzó en armas, nos da una preciosa indicación que nos aclara –por si cupieran dudas– que la montera de piel llegó a ser casi un distintivo de los campesinos que bregaban en los alrededores de la Villa y Corte. El cura en cuestión era un tal mosén Antón, segundo del guerrillero alcarreño don Vicente Sardina, y como miembro de la Iglesia militante: “[...] Vestía la sotana que llevaba cuando echó las llaves de la parroquia el 3 de Julio en 1808, y de un grueso cinto de cuero sin curtir pendían dos pistolas y el largo sable. Abierta la sotana

desde la cintura, dejaba ver sus fornidas piernas, cubiertas de un calzón de ante en muy mal uso, y los pies calzados con botas monumentales, de cuyo estado no podía formarse idea mientras no desapareciesen las sucesivas capas de fango terciario y cuaternario que en ellas habían depositado el tiempo y el país. Su sombrero era la gorra peluda y estrecha que usan los paletos de tierra de Madrid, el cual se encajaba sobre el cráneo, adaptado a un pañuelo de color imposible de definir y que le daba varias vueltas de sien a sien” (11).



Fig. 3: En la Sierra Madrileña debió de buscar el modelo la mano que pintó este lienzo en 1935 y que firma como **Manolina**. El retratado viste **lástica** encarnada, lleva **capa parda** y se cubre con la **gorra de pelo** (Col. del autor).

Tan frecuente debió de ser el uso de esta montera entre los lugareños del entorno madrileño que cuando Borrow –aquel *don Jorgito el Inglés* que vino a difundir la Biblia en España– intentaba evangelizar en los pueblos cercanos a la Corte en 1839, decide ataviarse con esos calzones “de ante” que llevaba el guerrillero alcarreño del párrafo anterior, y que eran más bien de *estezao* y con la montera de pelo que ahora me ocupa: “El primer pueblo donde intenté alguna cosa fue Cobeña, a tres leguas de Madrid. Iba yo vestido como los campesinos

de las cercanías de Segovia, en Castilla la Vieja, a saber: en la cabeza una especie de capacete de piel o montera y el chaquetón y los calzones del mismo material. Esto me daba el aspecto de un hombre entre los 60 y los 70 años. Delante de mí llevaba un borrico con un saco lleno de Testamentos atrevesado en el lomo” (12).

Pero campesinos con gorra de pelo vio también Solana en la Provincia del Acueducto y en la Ciudad Amurallada al comenzar el Siglo XX. Esto escribía al evocar a unos labradores abulenses en la puerta de una taberna: “Con grandes zajones de cuero, sombrerones con alas caídas, adornadas con dos borlas, embozados en sus mantas a grandes cuadros y unos cuantos con montera de pellejo” (13). Y este otro párrafo al recordar la estampa de unos recios carboneros que trajinan en la Plaza Mayor de Segovia: “Van envueltos en pesadas mantas, con gorra de pelo a la cabeza y las manos abiertas e hinchadas por el frío. Entre sus fajas negras se ve el brillar de plata de las cadenas y el acero de sus cuchillos” (14). Y otra vez Galdós sale a nuestro encuentro para contribuir a esta colección de imágenes, con la que tomó él a los marañoneros de Guadalajara: “Su traje es airoso, con tendencias al empleo de colorines y carreras de moneditas de plata por botones en los chalecos. Calzan borceguíes, usan sombrero ancho o montera de piel. Adornan sus mulitas con rojos borlones en las cabezadas y petrales, y les cuelgan cascabeles para que al entrar en los pueblos anuncien y repiqueteen bien la errante mercancía” (15).

Pero al cabo, ¿qué ha quedado en la memoria colectiva de aquel tocado peludo que tanto vieron los madrileños de antaño? Son muy pocas las referencias concretas que he podido recoger en mis encuestas de campo por las cuatro esquinas de mi provincia. La más explícita y directa fue sin duda la noticia que allegué en Somosierra, lugar cuyo término se aguza como flecha en la provincia segoviana, constituyendo el vértice norte de la que es hoy Comunidad de Madrid. Voy a transcribir literalmente el fragmento de la entrevista que sostuve en aquel pueblo hace ya un puñado de años con un amable vecino que buscó en su memoria los recuerdos de la infancia en que yo tanto le insistía:

– *El que vestía así, como usted me pregunta, con calzones y albarcas de coracha era mi tío Lázaro.*

– *¿Y su tío Lázaro recuerda que gastara un sombrero redondo, negro, grande?*

– *No, llevaba otra cosa. Otra cosa que era de piel.*

– *¿De piel de liebre o de zorra?*

– Sí, sí, de liebre. Me paez que la llamaban monterilla. Y tenía unas vueltas, y se bajaban así, pa tapar las orejas (16).

Y es que la montera solía hacerse con piel de liebre, como afirmaba el señor de Somosierra, pero también me han llegado noticias de que se confeccionaron con la pelleja de la raposa, sin duda por ser estos dos animales trofeos de aquella “salvajina” de la que hablaba Covarrubias allá por el año de 1611. Pero lo más corriente fue hacer las tres piezas que componen el tocado con la barata piel del conejo o de la doméstica cabra. A la primera se refiere Galdós en uno de sus *Episodios* ambientado en Torrejón de Ardoz en el reinado de Isabel II: “[...] Habíase afeitado el cerdoso bigote, operación que debió inutilizar las navajas barberiles; se había cortado el pelo al rape, haciéndose un tipo de cura montaraz que se completaba con ropas negras y raídas, faja mugrienta oscura y gorra de pelo de conejo. – Señor marqués, he tenido que disfrazarme porque esta noche andan por aquí más de cuatro y más de cinco policías, algunos de mi propia sección y de mi propio barrio” (17). Y en cuanto a las cosidas en piel de cabra, disponemos de un texto barojiano absolutamente sobrecogedor, en el que abuelo y nieto pastorean en la escarpada sierra madrileña hasta que el pequeño cae para siempre en el hueco insondable de una sima; el retrato del inconsolable viejo es este: “El pastor y su nieto apacentaban su rebaño de cabras en el monte, en la cima del alto de Las Pedrizas, donde se yergue como gigante centinela de granito el Pico de la Corneja. El pastor llevaba anguarina de paño amarillento sobre los hombros, zahones de cuero en las rodillas, una montera de piel de cabra en la cabeza y en la mano negruzca, como la garra de un águila, sostenía un cayado blanco de espino silvestre” (18).

Y con la cita de Baroja quiero estrechar el nudo para apretar la gavilla de referencias sobre monteras de pelo en tierra madrileña. Sin duda fueron los serranos del área Norte quienes conservaron hasta fecha más reciente el uso de este tocado, pues su ocupación ganadera les proporcionaba materia prima barata y abundante para fabricar esta prenda; acaso también por ser la gente de montaña más inclinada a conservar reliquias del pasado, acaso por el aislamiento en que vivían durante buena parte del año. La montera de pelo nos parece hoy algo ajeno al indumento madrileño que, decenios de folclorismo mal entendido han fosilizado en arquetipos provinciales, regionales o locales; pero esa gorra de pelo sobre las sienes –que hoy despierta en nosotros imágenes de mandatario ruso– fue muy común entre los campesinos castellanos. Con estas líneas intenté contribuir a su conocimiento y a sentar las bases del estudio serio –basado en los textos escritos y en el testimonio oral– que tanto

necesita la tradición madrileña y especialmente su maltratada indumentaria.

NOTAS

(1) COVARRUBIAS Y OROZCO, Sebastián de: *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, Col. Nueva Biblioteca de erudición y crítica, Ed. Castalia. Madrid, 1995. 2ª Ed. corregida por Felipe C. R. Maldonado, revisada por Manuel Camarero, p. 761.

(2) Don Benito nació el año 1843 en Las Palmas de Gran Canaria y se trasladó a Madrid cuando tenía 19 años. Allí formó parte de la redacción del periódico *La Nación*, donde publicó la primera versión española de los *Pickwick Papers*, de Dickens. Éste y Balzac (cuya obra conoció en su primer viaje a París, en 1867) fueron sus guías en el campo de la novela. Galdós fue el escritor más prolífico del Realismo español. Con la publicación de *La Desheredada* (1881) inició la serie de “novelas contemporáneas”. Al modo de Balzac, ofrecen un vasto y bien trabajado panorama de la sociedad madrileña, localizada con preferencia en la clase media. Su tendencia socializante le acarreo la enemistad de la Iglesia y de las clases conservadoras, que obstaculizaron reiteradamente su candidatura al premio Nobel. Murió en Madrid en 1920.

(3) El celo de don Benito a la hora de ambientar su producción literaria es harto conocido y está bien documentado. Para dar verosimilitud a su episodio nacional titulado *Trafalgar* sabemos que alcanzó a entrevistarse con un anciano que vivió, siendo grumetillo, esa batalla naval. Cuando preparaba el estreno de su obra de teatro *Los condenados*, cuya acción se sitúa en el pirenaico Valle de Ansó, escribía desde Santander, con fecha 13 de Abril de 1894, una carta a María Guerrero comentándole los preparativos para la función: “Mi Señora doña S... Ya la obra está armada, no falta más que escribirla, y eso lo haré allá para Junio. Pienso ir a Ansó para darle todo el carácter local que sea posible... Respetto a efectos de cosas reales... tengo pensado varias cosas... De Ansó le traeré a usted varios trajes de ansotana, mejor dos, uno de lujo y otro de diario...”. Sobre el autor de los *Episodios Nacionales* véase la obra de BRAVO VILLASANTE, Carmen: *Galdós visto por sí mismo*, Ed. Magisterio Español, Madrid, 1976, Col. *Novelas y Cuentos*, 318 Págs. Galdós aborda el tema del arreo ansotano en uno de sus *Episodios*: “...Allí vio de cerca de las ansotanas y admiró su atavío medieval que a todos los trajes de mujer conocidos supera en sencilla elegancia. Las dos hijas del dueño de la casa entraban y salían con herradas, transportando el agua de la fuente. Eran bonitas, delgadas, sutiles, y más las utilizaba la basquiña verde de contados pliegues largos, que daban cierta reminiscencia ojival a los cuerpos enjutos. Y unas mangas cortadas en el hombro y codo por donde salían bullos de la camisa, y el peinado que consistía en torcer a todo el pelo en una sola mata, envolviéndola con cinta roja; resultaba como una cuerda que se arrollara en la cabeza a modo de turbante. Sobre éste ponían las muchachas el pañuelo, que los días festivos era de seda de brillantes colores, y en los diferentes modos de ponérselo y de anudarlo atrás o adelante, indicaban el gusto personal de cada una y a veces el estado de su ánimo. Los pendientes de filigrana, las cadenas y medallas que colgaban del cuello, y que relucían sobre la

camisa y el canesú de la basquiña, completaban la arcaica figura". *La de los tristes destinos. Episodios Nacionales. III Serie. Obras completas*, Aguilar Editores, 1ª Reimpresión de la 1ª edición, Madrid, 1974, Tomo IV, Cap. 18. Toda la obra galdosiana, y sobre todo *Los Episodios Nacionales*, rebotan de notas etnográficas que son especialmente jugosas en lo referente a la indumentaria tradicional. Son verdaderos daguerrotipos los que pintan a unas valencianas adornadas con pesados pendientes de aljófar; a las tapadas de Tarifa; al indumento de las charras salmantinas e incluso al que portaban guerrilleros o campesinos.

(4) PÉREZ GALDÓS, Benito: *Miau*, Ed. Labor, S.A., 1ª edición, Madrid, 1973.

(5) PÉREZ GALDÓS, Benito: *Fortunata y Jacinta, Obras completas, Tomo V: Novelas*, Ed. Aguilar, 3ª edición, Madrid, 1958, Cap. IX, *Una visita al cuarto estado*.

(6) PÉREZ GALDÓS, Benito: *Nazarín, Obras completas, Tomo V: Novelas*, Ed. Aguilar, 3ª edición, Madrid, 1961, Libro I, Cap. 1. Cuando Felipe II casó por tercera vez con Isabel de Valois en Guadalajara, festejaron la entrada de la nueva reina en Madrid varias comparsas entre las que figuraba una de amazonas, que se organizó en un corral de esta calle.

(7) GUTIÉRREZ SOLANA, José: *Madrid. Escenas y Costumbres. II Serie*, Cap. *El ciego de los romances*, en *Obra Literaria*, Ed. Taurus, 1ª edición, Madrid, 1961.

(8) PÉREZ GALDÓS, Benito: *Bodas Reales. Episodios Nacionales, 3ª Serie, Obras completas, Tomo III*, Ed. Aguilar, 1ª reimpresión de la 1ª edición, Madrid, 1974.

(9) *Nazarín. Op. Cit.*, Libro II.

(10) PÉREZ GALDÓS, Benito: *Halma. Obras completas. Tomo V: Novelas*, Ed. Aguilar, 3ª edición, Madrid, 1961, IV Parte.

(11) PÉREZ GALDÓS, Benito: *Juan Martín El Empecinado. Episodios Nacionales, 1ª Serie, Obras completas. Tomo I*, Ed. Aguilar, 1ª edición, Madrid, 1941.

(12) BORROW, George: *La Biblia en España o Viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de difundir las Escrituras por la Península*. Introducción, notas y traducción por don Manuel Azaña. Col. *El libro de Bolsillo*, Alianza Editorial, Madrid, 1970, Cap. XLVI. Don Jorge había nacido en 1803, contaba por tanto 36 años cuando emprendió esta aventura en Cobeña.

(13) GUTIÉRREZ SOLANA, José: *La España Negra*, Ed. Comares, Granada, 1998, p. 146. Edición a cargo de Andrés Trapiello.

(14) GUTIÉRREZ SOLANA, José: *La España Negra. Op. Cit.*, pp. 136-137.

(15) PÉREZ GALDÓS, Benito: *Narvéez. Episodios Nacionales. 4ª Serie. Obras completas, Tomo III*, Ed. Aguilar, 1ª reimpresión de la 1ª edición, Madrid, 1974.

(16) Informes dictados por Domingo Sanz, de unos 80 años de edad. Fueron grabados en Somosierra el día 13 de Mayo de 1990 por J. M. Fraile Gil, M. León Fernández, E. Parra García, J. M. Calle Ontoso, J. Fernández Buendía, I. Granzow de la Cerda y L. Hernández.

(17) PÉREZ GALDÓS, Benito: *La revolución de Julio. Episodios Nacionales. 4ª Serie. Obras completas. Tomo III*, Ed. Aguilar, 1ª reimpresión de la 1ª edición, Madrid, 1974, Cap. 18.

(18) BAROJA NESSI, Pío: "La Sima" en *Cuentos*, Alianza Editorial, Madrid, 1978, p. 110.



PEDIR PARA EL SANTÍSIMO. UNA TRADICIÓN PERDIDA DE LOS PUEBLOS DE SORIA

Leopoldo Torre García

El rico folklore de los pueblos se ha ido difuminando a medida que lo ha hecho su desaparición. Por si así no fuera, los cambios de mentalidad y la transformación social han sido trascendentales para ir borrando paulatinamente del panorama costumbrista toda una serie de tradiciones que fueron marcando el calendario de su interpretación. A pesar de que algunas de ellas se han ido recuperando tras la cruzada olvidadiza de los años 60 y 70, quedan muchas que dormirán para siempre en el limbo del recuerdo porque el contexto actual dista mucho del caldo de cultivo de aquel ambiente para el que fueron creadas.

El fuerte arraigo religioso que flotaba en el panorama del pasado dio como resultado un aporte de costumbres vinculadas a determinadas celebraciones. Hay que tener en cuenta que el calendario festivo fue multiplicador común de pueblos y ciudades que no dejaban pasar la ocasión para ponerlo en práctica y celebraban a su imagen y semejanza unos actos conmemorativos de cierta relevancia. Onomásticas patronales, festividades de santos, ciclos de pasión, llevaban aparejados un programa de actividades de gran consideración tanto en el aspecto laico como en el religioso. El amplio abanico de representaciones costumbristas y tradicionales de los pueblos ha pasado a formar parte del rico patrimonio o acervo cultural.

De aquel entonces a este ahora mucho ha cambiado la situación en el medio rural. La despoblación y el cambio de imagen mental han contribuido a ello. A pesar de que parte de este bagaje se ha ido recuperando, es evidente que bastante material significativo no volverá a resurgir. Sólo el recuerdo de su puesta en escena puede dar fe de que hubo un tiempo en el que se interpretó la vida cotidiana como una manifestación de profundidad hacia todo aquello que supusiese un cierto realce y consideración.

Uno de estos ciclos de carácter religioso tenía lugar desde el inicio de la Cuaresma hasta la entrada de la Semana Santa. Acaecía en los días festivos y el escenario no era otro que el entorno del pueblo cuyas calles se cubrían de colorido y expectación porque en ellas se plasmaba la escenificación de la obra. Las protagonistas eran las mozas del pueblo que se caracterizaban para la ocasión en fervientes animadoras del cotarro ambiental. Llevaban la voz cantante de las canciones religio-

sas que se interpretaban en el singular escenario de las calles. Aquí desarrollaban sus dotes de coristas contribuyendo al buen fin de pedir limosna para ayudar a la iglesia. O al Santísimo, como mandaban los cánones.

La misión de estas mensajeras era realizar un acto de buena voluntad, ya que las mozas del pueblo se ponían a disposición de la iglesia para recaudar fondos con los que hacer frente a las necesidades más imperiosas. Su trabajo consistía en ofrecer un repertorio de canciones a todo aquel que con su misericordia pudiera ofrecer una desinteresada ayuda. En aquellos tiempos, el estipendio solía ser más bien en especie que en dinero pues la carencia de la moneda contribuía a ello. Recogían todo lo que se les donaba, lo cual al acabar el recorrido por el pueblo era llevado a casa del sacerdote para su conformidad. No solían ser espléndidos los curas con aquellas mozas que con tanta animosidad y desinterés se prestaban a realizar semejante interpretación durante toda la mañana dominical o festiva. Si acaso una exigua propina que la destinaban a una chocolatada por la tarde.

El recorrido por las calles comenzaba una vez acabada la misa. Las mozas formaban un grupo y siguiendo un orden establecido iniciaban el recorrido por las calles. Una de ellas, haciendo las veces de capitana, portaba una cruz a la cual se le había adornado con cintas de colores. Algunas otras llevaban cestas de asas como recipientes para recoger los donativos que iban dándoles los buenos samaritanos. Como queda dicho, la balanza se inclinaba más hacia el lado de las donaciones en especie que en dinero. La escasez monetaria contribuía a ello. Por contra, las patatas, los huevos, las alubias o algunos cereales, eran los productos más recolectados.

Respecto al cancionero, el repertorio está extraído íntegramente del cancionero popular que se cantaba en el pueblo soriano de Quintanilla de Tres Barrios (1). No obstante la tradición estaba extendida por otros pueblos de la provincia que tenían versiones semejantes sobre el mismo tema aunque diferentes en letra y tonadición por algunas muestras que he podido oír. Queda por realizar un profundo y detallado estudio sobre esta tradición de la que apenas se ha escrito. Nada se sabe sobre el autor o los autores de la composición del temario. Todo hace pensar que pudiera tratarse de algún miem-

bro de la corte religiosa: cura, prelado o vicario de la iglesia. La sencillez de la letra y el contenido de las canciones invitan a pensar que no están compuestas por un entendido sino por una persona que buscaba adaptar la rima fácil de una composición a un motivo interesado de la celebración, ajustando el contenido de la versificación al hilo conductor del tema. Hay canciones que están dedicadas a un tema o a una celebración en concreto de los que duraba el ciclo cuaresmal. Desde el primer al último domingo y fiestas de guardar.

Las cantoras se ceñían a la canción del día que iban repitiendo la misma versión casa por casa. Por lo general se cantaba a la puerta de las casas pero no en exclusiva puesto que si en la calle se encontraban a un posible interesado, el canto tenía lugar in situ. El objetivo era conseguir la máxima ayuda y colaboración y nadie se libraba de la solicitud.

*Echa la mano al bolsillo
mozo no seas cobarde
somos hijas del Santísimo
y queremos ayudarle.*

Tal era el reclamo del donativo utilizando, a veces, ciertas artimañas o melosidades para conseguirlo. El mozo accedía muchas veces a la petición dependiendo de quién fuera la moza que se lo solicitara, teniendo en cuenta que la simpatía o la atracción tenía algo que ver. Conseguido el objetivo, buenaventura concedida.

*Ya nos ha dado limosna
con su mano poderosa
Dios le dé salud y gracia
y que pronto le dé novia.*

Desde el primer acto de presentación quedaba bien claro cuáles eran las intenciones. La iglesia necesitaba ayuda y colaboración de la feligresía y a fe que lo conseguía. La astucia clerical ganaba dadivosamente la confianza del creyente por la cuenta que le traía. Le quedaba un largo trecho plagado de contratiempos y dificultades para no colaborar. ¿Quién le iba a decir que el devenir de la incipiente cosecha no sufriera cualquier calamidad si no colaboraba? Había que tener contentas a las divinidades y su colaboración era indispensable, aunque le faltara a su ya maltrecha economía.

La iglesia se nutría de diferentes maneras para conseguir mantenerse. Disponía de suculentas rentas procedentes de un patrimonio conseguido en muchos casos por medio de las donaciones de los fieles. También gozaba de los bienes que los creyentes dejaban en heredad al morir. Además poseía otras maneras de captar estipendios, ya fuera en especie o en metálico. Los ingresos por responsos, por bulas pontificias que eximían de pecar durante la Cuaresma, por el reparto de los banzos para poder alzar de las andas de las imágenes

en las procesiones. Y algunas otras triquiñuelas para la ocasión. Siempre que se diese un motivo para expresar al creyente, la iglesia permanecía atenta para llevarse su porción. Y si no se las inventaba, como la representación de pedir para el Santísimo.

Intransigentes consigo mismas, el empeño de las mozas se traducían en un merecido resultado gracias al apego religioso justificado en la masiva respuesta del pueblo. Bien es cierto que lo contrario podría depararle ofensas no exentas de represiones contra él o sus bienes. Presentimiento de que algún signo clarividente sucedería. Atento siempre al dicho de "Pascuas marzales, hambres y calamidades".

Queda dicho que el ciclo del cancionero de petición para el Santísimo comenzaba una vez iniciado el tiempo de la Cuaresma y acababa el Domingo de Ramos. Durante los días festivos que mediaban en el trayecto se iba cantando la canción o el tema correspondiente al día de la celebración. La primera de las salidas daba fe de cual era el objetivo.

*Hoy es el primer domingo
que venimos los cristianos
a pedir para el Santísimo
de todo género humano.*

*Somos unas abejitas
que vamos de flor en flor
recogiendo la limosna
para ayudar al Señor.*

La siguiente festividad en orden cronológico era la del día de San José, puesto que el primer domingo que salían a pedir coincidía con el anterior a esta festividad. Algo que no se ha constatado anteriormente es que la tonalidad de las canciones apenas variaba. Era casi siempre la misma entonación.

*San José como es tan justo
quiso cambiar de carrera
al ver a su esposa en estado
sin saber qué misterio era.*

*Baja un ángel y le dice
detente José, no temas,
que tu esposa ha de traer
al Señor de cielo y tierra.*

*De las varas elegidas
la de José ha florecido
y en ella reconocemos
que fue José el escogido.*

La proliferación de festividades en tiempos pasados hacía florecer el costumbrismo y la tradición de los pueblos. El calendario de celebraciones incluía el día 25 de marzo como el de Nuestra Señora y de él colgaban ciertos ritos conmemorativos que teñían de colorido la onomástica. La composi-

ción para esta ocasión hacía referencia al misterio de la gestación de la Virgen.

*El veinticinco de marzo
día de Nuestra Señora
puso bandera en campaña
y ha salido victoriosa.*

*Anda de aquí para allá
la Virgen entre las flores
anda de aquí para allá
nace un niño sin dolores.*

*Nueve meses le tuvisteis
en vuestro sagrado seno
y a la Navidad trajisteis
a Jesús de Nazareno.*

Por lo general las estrofas de las canciones suelen ser bastante cortas. Las letras hacen alusión a la circunstancialidad de los hechos y en ellos se relatan acontecimientos o abatares surgidos a modo de episodios en la vida de sus protagonistas. El relato se encuadra dentro del ambiente que rodea a los hechos. Este caso en concreto hace mención al proceso de gestación de Jesús en el seno de María y al posterior alumbramiento.

Como queda dicho ciertas canciones sólo se podían cantar en días determinados y solamente aquel día en que se conmemoraba la celebración. El resto de las canciones se interpretaban en cualquier fecha a su libre albedrío. Del repertorio del cancionero hay algunas que destacan por su profundidad expresiva. Tal es el caso de los famosos Mandamientos.

*En breve quiero explicar de la Pasión los sucesos
2 y para mejor decir vamos con los Mandamientos.
En el primero fue Judas cuando a aquel manso cordero
4 le vendió por 30 reales luego le entregó en el huerto.
En el segundo los judíos que en el huerto le prendieron
6 y con grandes gritos en la cárcel le metieron.
En el tercero las gentes que de la junta salieron
8 mandan que le crucifiquen y que le azoten primero.
En el cuarto a una columna le amarraron como a un reo,
10 le dan cinco mil azotes descoyuntando sus huesos.
En el quinto canta el gallo cuando le negó San Pedro
12 tirándole de las barbas cien bofetadas le dieron.
Le sacaron al balcón con púrpura y caña puesto
14 y una corona de espinas le pusieron en el sexto.
En el séptimo la cruz sobre sus hombros pusieron
16 y como era tan pesada tres veces cayó en el suelo.
En el octavo el calvario cuando Simón el Cirineo
18 le ayudó a llevar la cruz para que llegase más presto.
En el noveno tres clavos ya están hechos los barrenos
20 le clavan de pies y manos descoyuntando sus huesos.
En el décimo expiró y vino ácido luego
22 le dan cinco mil lanzadas y el costado quedó abierto.
De él salía sangre y agua tres días después de muerto
24 fue a sacar a los Santos Padres que están en el cautiverio.
Si queréis saber cristianos de estos diez mandamientos
26 el doctor que los compuso fue Cristo Redentor nuestro.*

Quizá esta composición sea una de las mejores interpretaciones realizadas para la ocasión por su contenido y por la versificación. A las puertas de la Semana Santa, los Mandamientos reflejan la escenificación de la Pasión de Cristo en el huerto de los Olivos. A pesar de la profundidad de los acontecimientos y de la crudeza de los hechos, la entonación de la letra, carente de la presunta melancolía implícita que pudiera contener, hace de ella un motivo más de percepción musical. Se ha hecho constar que la práctica totalidad de las canciones poseían la misma entonación.

En la canción que sí cambia la entonación es en el Inocente Cordero. Hay una estela de melancolía en sus versos que denotan el momento crucial de la muerte de Jesús. La profundidad del momento en que van ocurriendo los acontecimientos escenifica la cruda realidad y las notas van tomando un matiz de sentimiento contraído. Una canción que emociona a los contritos corazones.

*El Inocente Cordero hijo de la blanca oveja
2 cuando vino de Belén a ser maestro en nuestra tierra.
Apenas tiene ocho días cuando la misión le entrega
4 un jueves antes de Pascua un mozo a vender le lleva.
Desde la plaza al mercado desde el mercado a la plaza
6 dieron la una y las dos y a las tres que le remata,
dieron por hijo de Dios 30 monedas de plata.
8 Tinieblas rompen los aires las piedras de dos en dos
unas con otras se parten el pecho del hombre no.
10 Ya lloran los serafines ya lloran con gran dolor
al ver que Cristo se muere de luto se cubre el sol.
12 Ya se han cubierto de luto los altares de María
ya se han cubierto de luto hasta la Pascua florida.
14 Ya se han cubierto de luto los altares del Señor
ya se han cubierto de luto hasta la resurrección.*

Una muestra que evidencia que el cancionero estaba esencialmente enfocado al propósito pedagógico es que la interpretación que se hace del Domingo de Lázaro no habla para nada de su resurrección por parte de su amigo Jesús. Narra un episodio de hambrienta necesidad por parte de San Lázaro que denota claramente el enfoque o la persecución de la finalidad: recabar la caridad a modo de limosna.

*Lázaro gran caballero
primo y amado de Dios,
señores roguéis por vos
al Señor que concedisteis.*

*San Lázaro le pidió
al hambriento una limosna
y porque no se la dio
Cristo le negó su gloria.*

*Désela usted si la tiene
no le pase lo de aquél
que le echó Dios al infierno
para nunca más volver.*

*A voces le está llamando:
"Lázaro, Lázaro, ven,
que me quemó en llamas vivas
por no haberos hecho bien".*

*San Lázaro respondió:
"la misericordia es
para antes de la muerte,
después ya no es menester".*

Hay que volver a hacer hincapié en el sentido de esta canción y la casuística de su finalidad. En la versificación se aprecia descaradamente la incitación a socorrer al necesitado para que el oyente capte la intención. Para ello utiliza un argumento no demasiado lógico. San Lázaro le va a pedir una limosna precisamente a un hambriento, el cual se la deniega se supone que por carecer de ella cuando precisamente es él el gran necesitado. Y por la negativa a colaborar le manda al infierno. Es una especie de contradicción que de alguna manera viene a reforzar la idea de la caridad y a través de ella sensibilizar a las gentes para que colaboren con la iglesia o de lo contrario se verán en una situación comprometida. Hay que hacer el bien en vida para no tener que ir al infierno de cabeza. Lo que se busca es infundir miedo, temor a morir en pecado por no haber contribuido a la causa.

Al Domingo de Lázaro le sucede el Domingo de Peces en el que se relata el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces. Se retoma el pulso de las notas alegres en la canción y se hace más atractiva su peculiar interpretación.

*Hoy es el Domingo de Peces
día grande que dejó Dios señalado
para que vengamos todos
obró un gran milagro.*

*Con solamente dos peces
y cinco panes que ordena
cinco mil hombres hambrientos
se hallaron en su presencia.*

*A comer se hacían todos
de peces y de pan quedan
cinco canastillas llenas
han quedado en sus mesas.*

*Hoy aumenta Cristo el pan
para el que viene y para el que queda
Dios nos dé salud y gracia
y también su gloria eterna.*

La última de las interpretaciones de este ciclo de peticiones y limosnas tenía lugar el Domingo de Ramos, umbral de la Semana Santa. Por aquellos tiempos la escenificación de este día llevaba aparejada una muestra de la representación de los acontecimientos donde no faltaba la borriquilla sobre la que iba montado Jesús. Esto acaecía en plena eferescencia de la bendición de ramos, después vendría la petición por las calles. Llegaba a su fin el ciclo

iniciado en los albores de la Cuaresma. Las mozas se sentían plenamente satisfechas con el trabajo realizado cuyo esfuerzo y dedicación a la causa de la iglesia les hacía sentirse reconfortadas. Por eso aquel último día, si cabía, se sentían todavía más plétoricas a la hora de interpretar el canto.

*Hoy es el Domingo Ramos
día grande de soler
cuando Jesucristo entraba
triunfante en Jerusalén.*

*Entra con ramos y palmas
su Divina Majestad
entra con ramos y palmas
por toda la cristiandad.*

*Arrodillados le adoran
como rey del Universo
ofreciéndole los dones
de oro, mirra e incienso.*

*Sábado contemplaremos,
domingo entremos con ramos,
lunes le lavan los pies,
martes le lavan las manos.*

*Miércoles en la columna,
jueves de espinas cercado,
viernes con la cruz acuestas
camino ya del calvario.*

*Hijo de tan buenos padres
bien nacido y bien criado
por Él venimos pidiendo
para alumbrar a este Santo.*

La interpretación del cancionero correspondiente a este día ponía punto y final al ciclo de pedir para el Santísimo. Era el inicio de un largo recorrido por el credencial religioso que seguía con toda la retahíla de actos correspondientes a la Semana Santa, continuaba después con la parafernalia del mes de María y a buen seguro que se ampliaba el repertorio de este tiempo de fe a las novenas y rogativas en súplica de agua (2). De marzo a mayo el fervor religioso impactaba de lleno en el ánimo y en el espíritu de los creyentes. Porque, además, era tiempo de confesiones y los confesores que acudían al pueblo para "tomar declaración" a los habitantes hacían de su estancia una comunidad de fieles participativos en los actos llevados a cabo para la ocasión. Tiempos de fe, aquellos.

NOTAS

(1) TORRE GARCÍA, Leopoldo: *Ecos rurales*, Edicomunicación, Barcelona, 1987.

(2) TORRE GARCÍA, Leopoldo: "Novenas y Rogativas en Quintanilla de Tres Barrios (Soria)", *Revista de Folklore*, núm. 66. pp. 209-215.

MUSEO ETNOGRÁFICO
DE CASTILLA Y LEÓN
ZAMORA



Gracias a todos

Han sido años de recuperación de piezas,
de documentos, de recuerdos... para formar
la gran colección de etnografía
de Caja España, que ahora cobra
su sentido: compartir nuestra memoria.

Caja España

OBRA SOCIAL



Damos soluciones

